BOLSILIBROS BRUGUERA

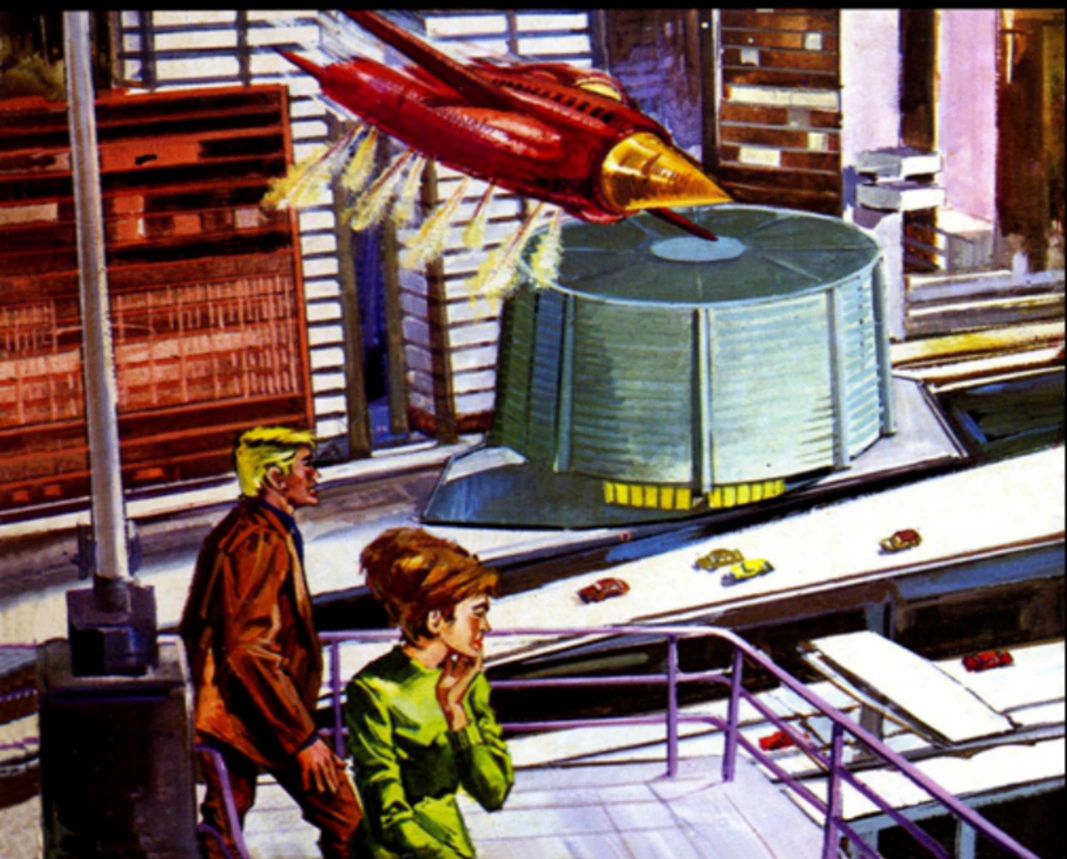
CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA ORGANIZACION

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

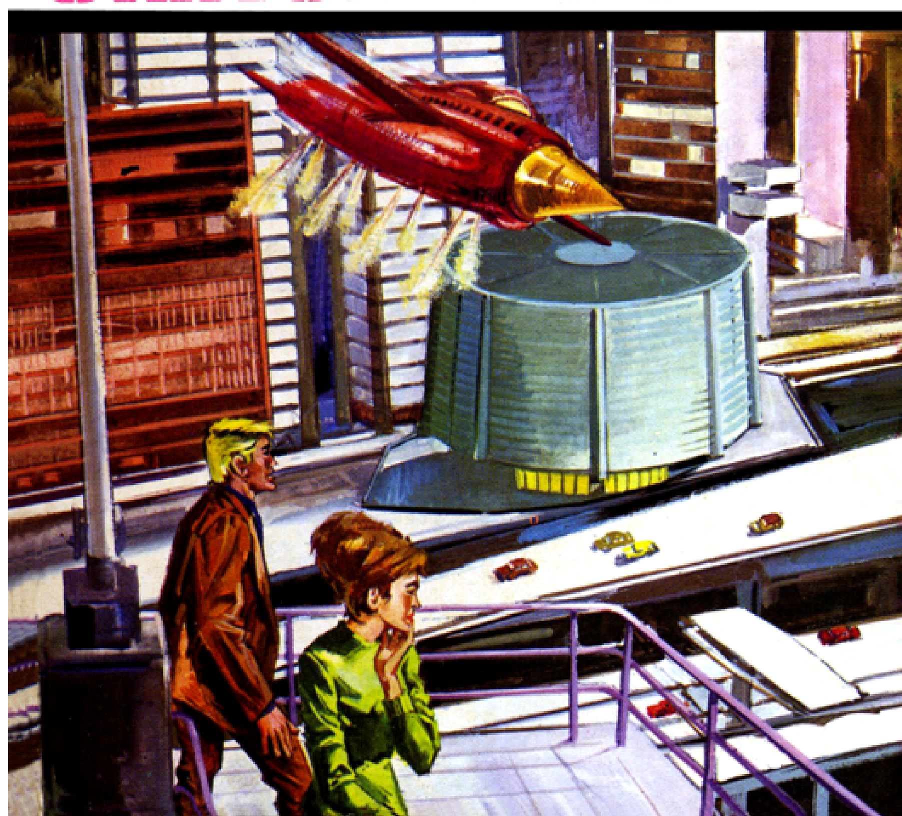
CIENCIA FICCION

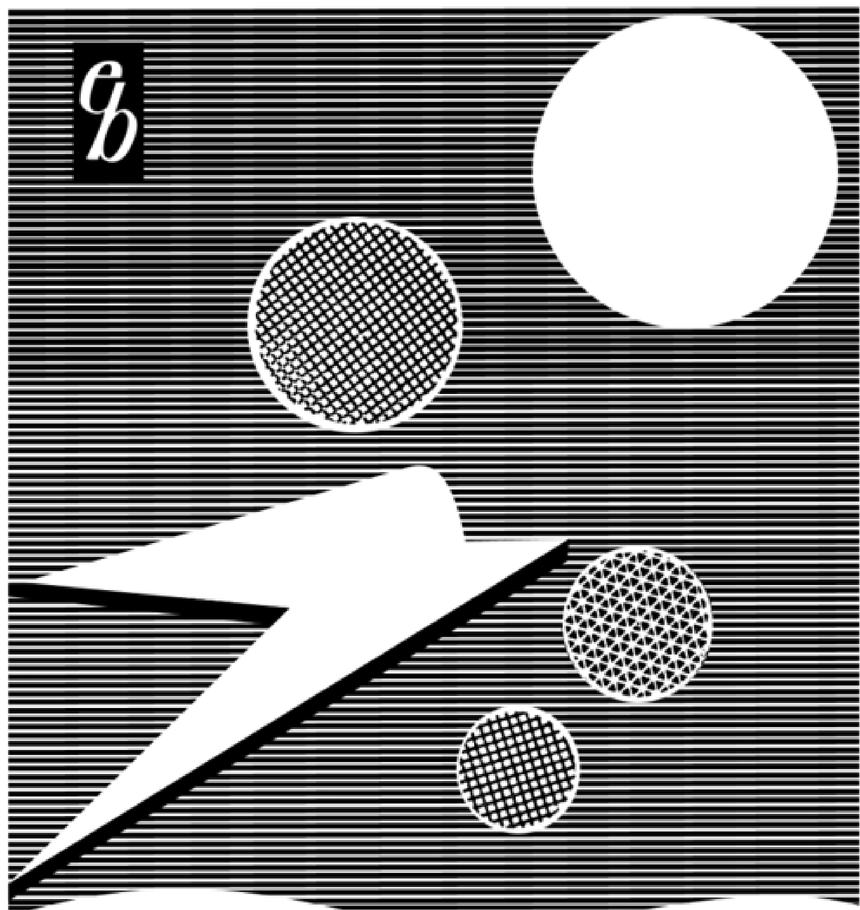
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA ORGANIZACION

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

LA ORGANIZACION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 232

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 47.111 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

227 - Los descendientes—*Marcus Sidéreo*

228 - Diosa de los muertos—*Curtís Garland*

229 - Explorador de las estrellas—*Glenn Parrish*

230 - Los tentáculos absorbentes — J. *Chandley*

231 - El dragón de los astros—*Curtís Garland*

PROLOGO

A lo lejos, incluso a través del gran telescopio, parecía un planeta que se desplazara, pero Sydo, el profesor del observatorio, comprendió la verdad y pulsó repetidamente el timbre de emergencia.

La esposa y el hijo de Sydo aparecieron rápidamente en la amplia sala del observatorio.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Por qué has tocado el timbre?

El aspecto del profesor, joven aún, se mostraba grave, mientras manipulaba el intercomunicador directo con la Asamblea General.

—¡Mira, Arthem! Mira tú mismo a través del telescopio y dime lo que ves.

Arthem, el joven hijo del profesor, cambió una rápida mirada con su madre. Comprendió que el asunto era grave de verdad.

Sydo, entretanto, estableció contacto. A través del visor apareció la imagen del ministro de guardia.

—¿Qué ocurre, Sydo? Debe ser grave para que llames en un día como hoy. Todos están en la fiesta.

—Avísales en seguida. No creo que podamos impedir lo que ya es inevitable, pero deben saberlo. Y la gente también. Voy a lanzar una emisión especial de radio.

—Calma, Sydo... No puede ser tan grave. ¿Acaso nos atacan? —replicó escéptico el ministro de guardia.

—Es un ataque total. Tal como lo expuse en el último consejo. Las naves que algunos creían haber visto no eran alucinaciones. Disponen de artefactos especiales para evitar su detección y pueden volverse invisibles a nuestros ojos.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero, ¿en qué te fundas para dar la alarma?

—Acabo de verlo en el telescopio con el lente especial que mandé construir.

—¿Has visto naves?

—No, ministro. He visto algo peor.

Arthem, el hijo de Sydo, se separó del telescopio para volverse hacia su padre y exclamar:

—¿Qué es esto padre? ¿Lo que temías, acaso?

Sydo se volvió v murmuró escuetamente:

—Sí.

—Entonces…

—¡Eh, Sydo! —llamó a través del receptor el ministro de guardia.

—Alarma general, ministro. Nuestro planeta tiene el tiempo contado. Es el fin.

Y cortó.

—¡Sydo! —exclamó su esposa, alarmada.

El profesor la abrazó suavemente.

—Nada podemos hacer. Los rayos llegarán pronto hacia nosotros. Todo quedará convertido en un montón de ruinas.

—Pero nuestras defensas… —empezó Arthem.

—Nuestras defensas sirven para destruir, pero no para_ defendernos. Nadie puede defenderse de lo que se avecina.

—¿Son auténticamente rayos?

—Sí, hijo. Rayos cósmicos controlados. Rayos que nuestros vecinos celestes nos mandan para destruirnos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —balbució la mujer.

—Nuestras pruebas constantes han enrarecido la atmósfera, han creado una especie de túnel en el espacio y los gases nocivos son absorbidos por el planeta Celeste. Sus hombres de ciencia lo saben y han descubierto el modo de protegerse ellos…, destruyéndonos a nosotros.

—Si hubiésemos conseguido comunicarnos... —empezó Arthem.

—Ya no vale la pena hablar de lo que se pudo hacer

para impedirlo. Nuestro gobierno se mostró siempre demasiado orgulloso. El presidente dijo claramente, en más de una ocasión: «Si los sabelotodo de Celeste quieren algo de nosotros, que nos lo digan. Pero tienen que ser ellos. Nosotros no necesitamos ir detrás de nadie. Somos los más poderosos y poseemos dispositivos para hacer estallar su habitáculo, si osan molestarnos...» Sí. Todos recordaban aquellas palabras llenas de orgullo y altivez. Todos estaban seguros del poderío del planeta Jad, el más joven y el más poderoso del sistema solar.

Pero Sydo jamás fue de la misma opinión.

—Los más viejos siempre saben más, y nosotros ni siquiera hemos estado nunca en ese planeta. Lo hemos sobrevolado, poseemos datos inconcretos, sabemos que es una masa pequeña con escaso oxígeno, y tenemos noción de que sus habitantes son pequeños, extraños y parecidos a alimañas, a las que es fácil aplastar. Pero, ¿sabemos algo de ellos en realidad? ¿Conocemos su inteligencia? ¿Sabemos lo que son capaces de hacer?

Y casi se burlaron de los temores del profesor Sydo.

—Usted siga observando, profesor, e infórmenos de cualquier fenómeno que juzgue anormal —le dijeron.

Pero Sydo hizo sus propias averiguaciones. Y cuando en Jad se produjo el primer terremoto, que ningún sismógrafo detectó, fue de los que acudieron a investigar. Y allí, en el escenario de aquel fenómeno, descubrió algo que llamó su atención y lo expuso:

—No es un seísmo normal. Está producido por rayos cósmicos. Penetran en el subsuelo con un poder extraordinario y remueven las entrañas de nuestro planeta. Yo más diría que se trata de una prueba. Una prueba mortífera dirigida contra nosotros para captar los resultados.

—Esto es absurdo —le contestaron—. Nuestros aparatos detectarían cualquier rayo de esa índole.

—Lo detectarían si fuera producido por causas naturales, pero puede tratarse de rayos dirigidos, previamente preparados.

Hubo diversidad de criterios y lo único que se consiguió fue un

refuerzo en las vigilancias espaciales.

—Esto no es suficiente —murmuró Sydo, en repetidas ocasiones, pero generalmente los únicos que le creían eran su esposa Mhirta y su hijo Arthem.

En sus intensos estudios, Sydo llegó a la conclusión de que los rayos debidamente manipulados podrían acabar con el planeta haciéndolo estallar.

Volvió a la carga en la siguiente junta de ministros:

—Los celestes han intentado comunicar con nosotros. Han lanzado mensajes que hemos desoído.

—¡Que aprendan nuestro idioma! —fue la sarcástica respuesta de uno de los miembros del consejo.

—Existe un idioma espacial que nunca nos hemos preocupado de aprender. Yo he recibido comunicaciones.

—¿Y qué le han dicho, Sydo?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que con un esfuerzo por parte de todos...

—Usted está obsesionado por ideas extrañas, Sydo. Una guerra entre planetas es imposible. Además, si usted supone que los celestes son más inteligentes que nosotros, admita que no intentarán atacarnos sabiendo que nuestros proyectiles situados estratégicamente en el espacio pueden aniquilarles.

—¿Y de qué serviría si nosotros perecemos también...?

Todo eso eran conversaciones pasadas que ahora ya ni valía la pena recordar.

Sydo las recordó en un segundo mientras la masa luminosa seguía avanzando hacia el planeta Jad.

Ahora, junto a su hijo, miró nuevamente el telescopio.

—Sus armas, que pretendimos ignorar, están aquí... Mi lente especial puede detectarlas. Son rayos. Rayos destructores que penetrarán hasta el centro del planeta y producirán un seísmo indescriptible que nos destruirá.

—¿Tenemos mucho tiempo, padre?

—Él suficiente para que tú y tu madre os salvéis.

—No... Si piensas utilizar el cohete, tenemos que ir los tres —adujo la esposa del astrónomo.

—Yo no. Tal vez exista algún medio. Quiero quedarme, ver el final... Pero vosotros tenéis algo importante que hacer. Os salvaréis. ;Mi cohete está construido especialmente para subsistir por un tiempo indefinido. Hay abundancia de pildoras alimenticias, oxígeno, sustituto de agua. Todo lo necesario. Ahora debéis escucharme...

—No, Sydo. Yo no voy a dejarte —protestó la mujer.

—Calla, Mhirta, por favor. No disponemos de mucho tiempo. Esto tenía que ocurrir, por eso hice construir el cohete. Lo demás lo llevo pensado desde hace ya mucho tiempo...

El intercomunicador interrumpió la conversación.

Era el ministro jefe. El presidente.

—¿Qué es esto, Sydo? ¿Otra de sus premoniciones?

—Si no me cree a mí, ministro, mande a un observador. Nos queda poco tiempo.

—Pero... ¡Hable claro de una vez! ¿De qué se trata ahora?

—Los rayos van a destruirnos. No existe defensa posible contra ese ataque a distancia. Lo siento. Ahora debo preocuparme de mí mismo.

—¡Sydo, Sydo! —protestó el ministro presidente.

Pero el astrónomo había cortado la comunicación.

—¡Vamos! —dijo a su familia.

Salieron fuera, al patio, rodeado de exuberante vegetación. Olía a flores que perfumaban el ambiente de una noche fresca, deliciosa.

Edna llegó con su ciclo propulsado por el diminuto rayo, uno de los más primitivos inventos de aquella civilización a punto de desaparecer.

Edna, joven, hermosa y llena de vida, era estudiante de astronomía y ayudaba al profesor Sydo para hacer prácticas. De ese contacto había nacido una profunda amistad entre ella y Arthem, una amistad que iba en camino de convertirse en algo más profundo.

No era lógico que Edna estuviera allí a aquellas horas, pero el destino lo había dispuesto así.

Edna se explicó:

—¡Hola profesor! ¡Oh! Me alegro de verla señora —saludó a la esposa de Svdo y añadió—: ¿Qué tal, Arthem?

—¡Edna! ¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió Sydo.

—Siento no haber venido antes, pero en el curso me han puesto un problema dificilísimo; yo creo que no saben lo que se hacen. ¡No tiene solución! Pero puedo estar equivocada y pensé que usted podría ayudarme. Claro que si molesto...

Se interrumpió. Miró a todos y comprendió que algo no funcionaba bien.

—Bueno... ¿Es que sucede algo?

—Sí, Edna. Se acabaron los problemas...

Fue Arthem el que acudió a su lado.

—Querida Edna... Nuestro planeta está siendo atacado. Papá dice que pronto seremos destruidos.

—¡No! —exclamó ella, pero la mirada del profesor le hizo comprender que no se trataba de una mera suposición. Pero, ¿cómo es posible? ¿Lo... lo ha visto por el telescopio?

—Sí, Edna. Dentro de poco, de muy poco...

—¡Ella también debería salvarse, papá! —exclamó Arthem—. En el cohete caben cuatro personas.

—No entiendo —murmuró ella.

—¡Papá! Edna no tiene familia. Vive con un grupo de compañeras... ¡Oh! Yo quisiera que se salvaran todas..., todo el mundo, pero no puede ser, y debemos hacer algo

—Pero… ¿No hay posibilidades de sobrevivir? —inquirió la muchacha, aterrada.

—Observa tú misma el telescopio, hija —repuso Sydo.

Arthem acompañó a la muchacha hasta lasala donde se hallaba el monumental telescopio y ambos miraron.

Aquella forma, que en principio parecía un planeta en pleno desplazamiento, estaba ya mucho más próximo. Tenía el aspecto de una inmensa masa rutilante,deslumbradora, que se acercaba, se acercaba por momentos.

—¡Está aquí, papá! ¡Está aquí! —exclamó Arthem, saliendo del interior.

—¡Vamos! ¡Subid al cohete!

—Yo no —protestó la esposa del astrónomo.

—No seas terca, Mirtha. No hay otra solución.

—Los cuatro… O acaso ellos dos… Sí. Ellos son jóvenes. Si hay alguna posibilidad de sobrevivir, que sea para ellos.

—¡Oh, Mirtha!

—No, Sydo. Hemos sido muy felices viviendo juntos… Si me salvara yo, ya no podría volver a serlo nunca más. ¿De qué me serviría sobrevivir si tú ya no estabas a mi lado?

—Eso que has dicho es muy hermoso, Mirtha. Muy hermoso. —Y el astrónomo la besó suavemente, abrazándola con cariño, con un cariño que en un segundo quería sintetizar el gran amor que él también sentía por su hermosa y comprensiva esposa—. Pero yo no puedo aceptar tu sacrificio.

—¿Y tú, Sydo? ¿Es que no piensas sacrificarte?

—Pienso que tal vez pueda producirse un milagro. Algo imprevisto, y entonces seré necesario.

—Tú sabes que esto no ocurrirá.

—Tal vez no —murmuró él, convencido—. Pero existe una remota posibilidad.

—Quieres sacrificarte por los demás.

—Yo sí, pero tú no. Es mi deber.

—El mío es estar a tu lado.

Un extraño olor, inédito hasta aquellos momentos, comenzó a impregnar el ambiente. El perfume de las flores dio paso a una atmósfera mucho menos agradable.

—¿Qué es esto? —inquirió Arthem.

—Los gases. Son potentes y atraviesan la zona protectora de la atmósfera.

.—Los gases de los rayos… —murmuró Edna—. Estudié algo de esto.

—¡Mira! —exclamó Edna, volviéndose hacia un matorral cubierto de flores, que de forma extraña comenzaban a marchitarse.

La misma hierba parecía perder su frescor pujante para autodestruirse. Era como si el invierno matara la vitalidad de las plantas.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos! ¡Subid!

El cohete, en el hangar del patio, estaba listo, siempre lo estuvo por previsión de Sydo; pero ahora nadie quería utilizarlo.

El astrónomo no perdió la calma:

—Cuando recibamos las primeras sacudidas, nuestros ministros comprenderán la realidad y harán funcionar los sistemas de defensa. Es posible que el planeta Celeste quede igualmente reducido a cenizas. Dos mundos vecinos habrán desaparecido en mucho menos tiempo de lo que tardaría un historiador en narrarlo en cualquier libro.

Aquel olor penetrante, indescriptible, se iba posesionando de la atmósfera.

Sydo miró hacia el espacio. La brillante luz de las estrellas había adquirido ahora un tono opaco. Otra luz se iba imponiendo poco a poco en el firmamento, matando la intensidad de los pequeños y lejanos planetas.

También el azul del cielo había remitido en su clásico colorido

para tomar una tonalidad menos intensa.

El fin se aproximaba.

Sydo tomó a su hijo por los hombros.

—Dos razas van a autodestruirse por falta de comprensión. Nosotros no quisimos escucharles... No hicimos nada por comprender el lenguaje de nuestros enemigos. Ellos tampoco quisieron esforzarse y han optado por una solución drástica: destruirnos. La falta absoluta de comprensión es y ha sido siempre la causa de las grandes catástrofes...

Hizo una pausa y añadió:

—Yo siempre había soñado con la verdadera paz... Nuestros libros de historia antigua están repletos de hechos bélicos. Destrucción. Siempre destrucción... Los planetas se han autodestruido a sí mismos por las mismas causas... Si existiera una raza justiciera que impusiera la paz por la inteligencia, castigando a los culpables algún día y para siempre, todo el cosmos, y dondequiera que estuvieran los habitáculos, conseguirían vivir tranquilos.

—Nunca habrá paz. El egoísmo es patrimonio de todas las criaturas, estén donde estén —murmuró la esposa de Sydo.

—Algún día existirá una raza justiciera que no es lo mismo que vengativa..., una raza nacida en el espacio con la única misión de impartir la verdadera justicia, de hacer iguales a los seres, de ayudar a los débiles hasta conseguir esa igualdad carente de envidias, desprovista de orgullo y llena de comprensión.

—Es un sueño, padre —murmuró Arthem.

—No, hijo...

—El egoísmo existirá siempre. Los fuertes se comerán a los débiles.

—Espero que no. Y ojalá tú pudieras transmitir mi idea a tus descendientes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Arthem, que ahora vas a convertirte en un hombre sin planeta, en un ser del espacio. Dentro de la nave

encontrarás métodos para subsistir durante toda una vida. Alguna vez encontrarás algún lugar donde tomar contacto con un mundo nuevo sin métodos establecidos, sin leyes, sin encasillamientos ni etiquetas. Un mundo sin prejuicios del que tú y tus descendientes seréis los amos absolutos...

Tras una pausa, añadió:

—Tú podrías ser el pionero de esa raza justiciera.

—Me gustaría, padre.

—Piénsalo, hijo. La galaxia es vieja, por eterna, pero hay todavía muchos planetas, en fase de evolución, muchos futuros mundos que antes de nacer están ya condenados al sufrimiento, muchos habitáculos que sufrirán las consecuencias de guerras y destrucciones.

—Sí, padre.

—Una raza justiciera —sonrió—. Sería maravilloso ese sacrificio si muchos muchísimos años después todoslos mundos pudieran estar salvaguardados por una organización de esa clase. Sin ambiciones...

—Pero sería difícil.

—En absoluto. Tienen que ocurrir muchas cosas... El cerebro de los seres es un reducto desconocido. El hombre, como quiera que se llame en sus distintas acepciones, tiene mucho que aprender de sí mismo... Poseemos más sentidos de los conocidos, sentidos ocultos, que nunca nos hemos propuesto desarrollar; se les darán nombres que a muchos les harán reír: telepatía, premonición..., poderes que para muchos seres serán sobrenaturales pero que estarán en la misma naturaleza de quien los practique... Sí hijo, con el estudio se puede conseguir la inteligencia total, y con ella, el dominio de todas las pasiones y la capacidad de velar por los demás para que impere la justicia.

—Sería bonito, padre —admitió el joven,

Edna corroboró:

—Muy hermoso.

—Sé que pensáis que, en el fondo, es el sueño de un hombre que ha fracasado. Pero pensadlo, tendréis tiempo...

—Papá...

—Ya no hay tiempo.

La luz en la noche se estaba avivando, produciendo un fenómeno extraordinario. Las estrellas habían dejado de brillar, el olor era ya mortificante y los insectos nocturnos parecían haber desaparecido.

Ninguno de los característicos ruidos de la noche se producía ya.

Las plantas estaban prácticamente muertas.

Y la extraña luz, que nadie podía saber aún de dónde procedía, se estaba enseñoreando del ambiente.

—Id, en buen nombre, hijos —despidióse el astrónomo—. Captad a nuevas gentes y conseguid una auténtica organización.

En algún lugar se produjo un incendio; a lo lejos sonaban las sirenas de alarma.

—¡Padre, madre! ¡Venid vosotros también! —exclamó Arthem.

Era ya tarde, muy tarde, para intentar salvarse.

La tierra parecía paralizada por aquella calma que cada vez tema menos de extraña.

La luz misteriosa se hizo cegadora.

—¡Los rayos! —gritó la esposa de Sydo.

Sí Los rayos que parecían haber descendido en apretado haz, eran ya visibles de todas partes del planeta.

El fenómeno podía ser observado desde cualquier parte, sin necesidad de telescopio.

En las zonas resecas la tierra comenzaba a desprender humo, como si algo se estuviera quemando en sus entrañas.

—¡Vamos! ¡Arriba! —grito Sydo.

Arthem y Edna se miraron sin poder contener la emoción del momento.

Cada segundo contaba.

La destrucción total se produciría dentro de escasos instantes.

CAPITULO PRIMERO

El cohete volaba, majestuoso, por el espacio. El leve pitido de sus tubos propulsores apenas si interrumpía el eterno silencio del cosmos.

Allá abajo, a lo lejos, la lluvia de rayos se había abatido sobre toda la superficie de Jad.

Una enorme bola candente quedó reflejada en las pantallas. Era el planeta en el momento álgido de su total destrucción.

Más allá, la pequeña esfera celeste sufría también los ataques de sus enemigos. Las pequeñas estaciones interespaciales habían recibido la orden de destrucción. Los cohetes automáticos bombardearon el mundo de los agresores, que igualmente se estaba extinguiendo en una guerra total.

Arthem y Edna no hicieron el menor comentario. Loque estaban presenciando era harto elocuente. Dos mundos desaparecían poco :a poco, dos planetas muertos irían a engrosar la lista de los muchos que continúan girando alrededor del astro Monitor, sin forma alguna de vida.

—Siempre ha ocurrido igual —murmuró Edna—. Y me pregunto por qué.

—Mi padre tenía razón. Porque los hombres no aprenden a autoconocerse, a poseer la inteligencia suprema. Pierden el tiempo inventando instrumentos de muerte y haciéndose la guerra los unos a los otros.

—Sería hermoso que todos esos mundos fueran habitados, y se pudiera ir de un lugar a otro, y conocer sus maravillas naturales...

Y Edna señalaba, a través del visor. Las nítidas estrellas, que brillaban sobre el inmaculado azul delcosmos.

—Quizá algún día lo sea.

—¿Piensas en lo que te dijo tu padre?

—Sí, Edna. El siempre pretendió ser justo y ecuánime. Y lo que dijo no era un sueño. Claro que nosotros no podremos realizarlo. Es una labor de años, de miles de años.

Y quedó pensativo.

Los dos planetas destruidos quedaban cada vez más lejos y eran tan pequeños como el resto de las estrellas. Desde allí era imposible saber si se testaban extinguiendo o seguían en el apogeo de sus vidas. Sólo ellos conocían la triste realidad. Arthem y Edna.

—Somos tan insignificantes en la inmensidad del espacio... —murmuró la muchacha.

—Y muy grandes a la vez, Edna. Muy grandes por-' que poseemos inteligencia y medios para desarrollarla.

—¿Qué vamos a hacer, Arthem?

—Recorrer la inmensidad del espacio. En algún lugar encontraremos ese mundo que puede servirnos de punto de partida para nuestra misión futura.

—Ser el principio de una raza... —musitó la muchacha— es hermoso.

—Y de mucha responsabilidad, querida Edna.

Se miraron. Sólo el espacio era testigo de su presencia, en aquel paréntesis de metal, donde todo estaba previsto.

Se besaron. Eran los dos únicos seres vivientes de una raza desaparecida.

¿Qué les tenía deparado el destino?

Tal vez su fin estaba próximo, ante la presencia de un inesperado remolino que azotó la nave.

El éxtasis de un instante quedó bruscamente interrumpido.

—¿Qué ocurre? —gritó ella.

Arthem se aferró a los mandos intentando dominar la nave, que empezó a girar vertiginosamente.

Terribles sacudidas la movían de un lado a otro. Edna cayó al suelo dando un grito.

—¡Sujétate, a las cuerdas! ¡Sujétate!

Pero era inútil pretender guardar el equilibrio. El propio Arthem se vio lanzado fuera del sillón colocado ante el pupitre, y rebotó contra una pared, produciéndose una herida contusa, que pronto empezó a sangrar mojándole el traje espacial que se había colocado en los primeros momentos del vuelo.

Se incorporó y volvió a caer, mientras la nave, envuelta en aquel tremendo caos, bailaba al son de un indescriptible ciclón atmosférico.

Cayó una y otra vez, tantas cuantas intentó aproximarse a Edna, que yacía sin sentido.

—¡Edna, Edna! —gritó.

Una vez más, la furia de desconocidos elementos le hizo rebotar contra las paredes.

Ya casi sin fuerzas, jadeante, se arrastró, logrando tocar la mano de su compañera.

Cerca, colgaba una correa y con la otra mano tiró de ella, pretendiendo sujetarse y sujetar a Edna, a su vez.

Fue un trabajo ímprobo, porque el cohete se movía constantemente.

Un esfuerzo más, y asió a Edna por una muñeca, consiguiendo él sujetarse la otra.

En medio de aquel torbellino, se produjo un momento de sosiego, y Arthem trató de sacar provecho, pero de pronto volvió la tremenda agitación.

El piloto, medio incorporado, fue despedido contra la pared. Un golpe en la cabeza le privó del conocimiento.

Había caído al lado de la inconsciente Edna, y ambos, sujetos de la muñeca, yacían a merced de las intemperancias del espacio.

Los misterios del cosmos se habían cobrado las dos últimas vidas de una raza.

CAPITULO II

El sol tenía un brillo especial. La vegetación, exuberante y primitiva, era el anuncio de un mundo fantástico. Un paraíso insospechado, con abundante agua, que caía en cascada entre las rocas y el canto de los pájaros silvestres era realmente un espectáculo insólito para quien había creído morir.

Por eso cuando Arthem abrió los ojos y vio a través del visor de su nave todo aquello, creyó que estaba soñando.

Volvió a la realidad al ver que a su lado, Edna seguía sujeta con la cuerda y comenzaba a moverse.

La ayudó a despertar, y le mostró aquello que ambos miraron, sobrecogidos.

—¿Dónde estamos? —inquirió ella, tras un largo silencio.

—No lo sé.

—Hemos... hemos tomado tierra en alguna parte.

—Me he despertado hace poco, pero evidentemente no estamos en el espacio. Es un planeta...

—¿Y cómo... cómo hemos llegado a...?

¿Cómo habían llegado? El tampoco podía contestar a aquella pregunta que se venía haciendo desde que abrió los ojos.

Desató su muñeca, y se aproximó a los mandos. Miró a través del visor para ampliar el espectáculo.

Se hallaban en el claro de algo parecido a una selva. Hermoso todo, lleno de vida.

Observó los mandos e hizo algunas comprobaciones. Todo parecía funcionar.

—La fuerza de atracción nos ha llevado hasta aquí.

—¿Y cómo no nos hemos estrellado? —preguntó ella, aproximándose a su vez.

—Recuerdo que cuando ocurrió aquello conseguí soltar los flotadores.

—¿Flotadores?

—Sí. Es el último diseño. Van provistos de autocontrol para aterrizajes de emergencia. En casos en los que no es posible dominar la nave, se sueltan los flotadores y la marcha continúa de forma automática. Pero lo que no está previsto es algo como lo que hemos vivido... No lo entiendo.

—¿Cuánto tiempo hemos estado inconscientes? —preguntó Edna.

—No lo sé.

—Tú estabas herido. Vi como tenías sangre.

—Es verdad.

Y Arthem observó el roto de su pantalón. Estaba realmente manchado de sangre, pero no notaba la menor molestia.

—Hum... Es extraño. No siento nada — dijo.

—Déjame ver.

Por el hueco del roto, Edna no observó la menor herida.

—Se ha cicatrizado y no tienes señal.

—Esto es muy raro. '

—A mí también me sucede lo mismo. Me di un golpe. Al principio, la cabeza me dolía horrores. Creo que me hice un chichón.

Arthem se aproximó y palpó la cabeza de la joven.

—No... No tienes nada.

Tras un silencio, ella se volvió hacia un cuadro situado en una de las paredes. Estaba lleno de instrumentos de precisión.

—El calendario, Arthem.

El se aproximó y miró los guarismos.

—No puede ser. Con lo sucedido se ha estropeado.

—¿Estás seguro?

—Claro.

Ella se aproximó y observó a su vez.

—¿Te das cuenta? Si señalara de forma correcta, habrían transcurrido ciento cincuenta años, y a mí no me ha crecido ni un solo pelo de la barba.

Ella rio.

—¿Te parezco yo una joven de ciento setenta años?

—Yo tendría ciento setenta y cinco —rio él, a su vez.

—¿Qué talviejecito?

—¡Oh, encantado, ancianita preciosa!

Rieron, más que nada por sentirse vivos, llenos de vitalidad y ante una aventura desconocida.

De pronto, Arthem dejó de reír para fijar su atención en los mandos.

—Un momento. De todos modos, me gustaría saber cuánto tiempo ha pasado. Veremos si esto funciona.

Se aproximó y pulsó un botón para que el pequeño cerebro le transmitiera los datos.

Una pantalla se iluminó e inmediatamente surgió la respuesta.

—¡No puede ser! —exclamó Edna.

Arthem se dejó caer.

—Esto no puede fallar, Edna. O se estropea o… dice la verdad.

—Entonces, es verdad.

—Sí, Edna; hemos vivido ciento cincuenta años de nuestra vida sin darnos cuenta.

—No puede ser. Estaríamos muertos. Seríamos viejos o estaríamos muertos. Nuestra vida media está en los ciento veinte…

—En nuestro mundo, Edna. En un mundo que ya no existe, pero en el espacio yaquí mismo puede ser distinto… Anda. Ponte la mascarilla de oxígeno. Vamos a salir.

Poco después estaban dispuestos a abandonar el cohete caído en aquel mundo extraño, pero lleno de vida.

—¡Un momento! ¡No abras! —gritó él.

Su mente se rememoró a estudios teóricos sobre la atmósfera y la conservación de los cuerpos.

—¿Qué ocurre?

—Podría ser la muerte, ¿sabes? Aquí vivimos en una atmósfera concentrada… Si. Para salir tendremos que utilizar él traje aislante total.

—Esto es muy hermoso, Arthem… Me gustaría zambullirme en esa agua cristalina, y buscar plantas comestibles y correr por ese mundo nuevo.

Ella le miró con tristeza.

—Temo que este mundo no sea para nosotros, Edna.

Ella comenzó a comprender.

—No, querida. Jamás podremos disfrutar de él. Estamos condenados a la vida de este pequeño espacio metálico.

—Tú crees que…

—Sí, Edna. Si salimos tal como estamos, vamos a morir. Tenemos que vivir aislados. Tenemos más de ciento cincuenta años. Nuestra naturaleza sólo puede subsistir en este llamémosle invernadero.. Ese mundo de ahí fuera es sólo para… nuestros hijos.

Se subió la mascarilla y se aproximó a la muchacha. Ella subió también la suya para mirar a los ojos de Arthem. Luego ambos se abrazaron.

Estaban condenados en vida. Tenían ante sí un mundo maravilloso y virgen, pero era para ambos la tierra prohibida.

CAPITULO III

Lo que en principio fue una cruel soledad, se vio animada porel nacimiento de una hermosa muchacha.

Arthem, igual que todos los hombres y mujeres de su raza, sabía perfectamente cómo proceder en estos casos. El advenimiento de la primogénita de la pareja tuvo lugar sin ninguna dificultad.

Arthem y también su esposa quisieron que la recién nacida se desarrollara en el ambiente del nuevo mundo. Por eso, provisto de sus ropas aislantes, y metido en aquel artefacto que le daba aspecto de robot, salía todos los días a buscar agua y plantas comestibles.

Descubrió semillas de grano, que resultaban riquísimas al paladar.

—Si no son venenosas, no ocurrirá nada, pero debemos probarlas primero nosotros —dijo, sonriendo.

Pero las probó primero él, por si acaso.

Con el tiempo descubrieron nuevas fuentes de riqueza, pero siempre aislados por completo de cuanto les rodeaba. Todos sus movimientos en el exterior estaban realizados de forma mecánica. Dedos mecánicos tomaban las plantas y el agua con la que se alimentaban los tres.

Al cabo de unos meses, casi no fue necesario que Edna anunciara que volvería a ser madre.

Luego, con el tiempo, nació un nuevo vástago. Esta vez del sexo masculino.,

Arthem y su esposa se encontraban ágiles como en sus tiempos jóvenes. No habían envejecido en absoluto y mantenían la ilusión de vivir para ver crecer a sus hijos.

Así transcurrió el tiempo.

En el exterior, todo seguía igual. A veces la lluvia ensombrecía el firmamento, pero tras la precipitación de los elementos, volvía a lucir el sol y la vegetación lucía más verde, más hermosa.

Llegó el año doce de permanencia en la nave. Creta y Gin, los dos hijos de Arthem y Edna, habían dado sus primeros pasos por el exterior.

—No os alejéis de aquí —recordaba siempre su padre—. La selva es muy espesa. A dos kilómetros hay un lago enorme y un valle inmenso. No os alejéis por el valle, ¿eh?

Él lo había recorrido en parte y había andado por aquel llano sin fin, que se perdía en el horizonte. Llegó a creer que no había nada más, y cuando intentó utilizar la nave para, explorar aquel mundo, se encontró con que los únicos mandos que no funcionaban eran los de la puesta en marcha. Había intentado arreglarlos sin resultado.

—La pila del combustible ha desaparecido —comprobó—. Esto ya no volverá a volar jamás.

Algunas veces, Arthem y Edna —metidos en aquellas armaduras extrañas— acompañaban un rato a sus hijos, que luego se echaban al agua y curtían sus cuerpos al sol.

—Algún día querrán irse lejos. Es lógico. Y tendremos que dejarles —dijo ella.

—Sí, pero tienen que seguir aprendiendo todo lo que tú y yo podamos enseñarles.

—Dudo que en este planeta nuestros conocimientos puedan servirles.

—Ahora no, pero más adelante, ¿quién sabe? Ni siquiera sabemos si en algún lugar esto está habitado. Puede que existan hombres inteligentes aquí. Incluso más que los sabios de nuestro planeta. ¡Oh! Si pudiera arreglar la nave...

Fue aquel día que Creta y Gin tardaron en regresar más de lo acostumbrado.

—Tendré que salir a buscarlos —dijo Arthem, .y comenzó a ponerse la escafandra.

—¡Ahí vienen! —indicó Edna, que vio llegar a sus hijos a través del visor.

Venían excitados. Habían encontrado algo.

Luego lo contaron.

—El detector, papá. —Y mostraron el pequeño artefacto, unido a la muñeca, que llevaban siempre consigo. Arthem había dado el suyo a su hijo, y Edna hizo la propio con su hija. Era un objeto que los de su raza llevaban como lo más natural. Y ahora eran los hijos, pues aún en un mundo distinto, sus padres estimaron que podía serles útil. Y lo fue—. Ha dado señales de metal energético.

—¿Dónde?

—En el prado.

—¿Habéis ido al prado?

—Oímos ruidos y vimos unos animales grandes. Puede que este planeta esté habitado por ellos.

—¿Animales grandes? ¿Cómo?

En viejos libros, Arthem hizo que su hijo buscara aquellos animales dibujados en siluetas.

Pero no estaban en el libro. Creta, la muchacha, dibujó uno. Por su aspecto, de todos desconocido, podría describirse como una especie de rinoceronte, de gran tamaño.

—Van en manadas. Creo que nos vieron, pero siguieron su camino. Entonces descubrimos el metal energético. El detector funcionó.

—Vamos a ver lo que habéis descubierto.

Y Arthem se vistió adecuadamente, metiéndose dentro del aparato metálico. Luego siguió a sus hijos cuando la noche empezaba a envolver el planeta.

Allá, en el prado, dieron con el motivo de que el detector funcionara.

—¡La pila magnética! —exclamó Arthem, recogiendo del suelo el pequeño paquete metálico—. ¡Durante años ha estado aquí, y nosotros sin saberlo!

—¡Oh, papá! Ya podremos volar, ¿verdad? —inquirió el muchacho.

—Eso espero, hijo. Esas pilas son eternas. No se terminan nunca. Ninguna clase de elementos conocidos pueden perjudicarlas. Así que... vamos a montarla.

Regresaron. Aquella noche, como siempre, Gin y Creta recibieron nuevas lecciones de sus padres y repasaron lo ya aprendido. Ambos tenían ya' plena conciencia de sus excepcionales condicionamientos. Se sabían continuadores de la raza extinguida y habían asimilado la idea de sus progenitores respecto a la creación de una futura sociedad u organización que velara por la justicia de los distintos mundos del espacio.

Ejercitaban su memoria y pasaban largas horas escuchando los sonidos, tratando de interpretarlos, pero lo que no conseguían era transmitirse los pensamientos.

—¿Por qué no nos enseñáis esto, padre? —inquirió Creta.

—Porque no sabemos el modo. Los libros escasos que tratan de esto dicen que requiere una gran concentración. Nosotros ya somos demasiado viejos, aunque nuestra apariencia no lo sea.

—Por viejos, podéis saber más cosas —dijo Gin.

—Sí, claro —sonrió Arthem—. Sé montar, por ejemplo, esia pila. Anda, vamos, veréis cómo lo hago.

—¿Y cuándo volaremos, papá? —inquirió Creta.

—¿Volar? Pues mañana. Cuando luzca el sol. Volaremos muy bajo para explorar el planeta.

Los dos hermanos saltaron de contento mientras supadre colocaba la pila tantos años perdida que al fin les permitiría recorrer, sin peligros, la superficie de aquel todavía inexplorado planeta.

CAPITULO IV

La visión de la superficie del planeta era todo un espectáculo para los cuatro ocupantes de la nave.

Más allá del inmenso lago, y una vez cruzado aquel valle que se perdía en el horizonte, surgió el mar, con una sensación de inmensidad que a todos extasiaba.

—Padre, ¿crees que es un planeta virgen? —preguntó Gin.

—No lo sé. Puedo decirte lo mismo que ves tú. Es inmenso.

—Un mundo nuevo que podemos explorar.

—Tal vez encontremos a alguien. Aquí hay vida. No cabe duda —sonrió Arthem.

Cuando hubieron cruzado el inmenso océano, surgieron otras tierras de aspecto fértil, feraz.

—¡Mira! ¡Allí, padre! —exclamó Creta.

La muchacha se refería a una especie de chabolas y unos seres que corrían despavoridos.

—¡Los habitantes del planeta! —comentó Edna, en una exclamación.

—Sí. Parecen seres primitivos —dijo Arthem, tratando de aproximarse.

El chico fue quien primero se dio cuenta del motivo por el cual aquellos seres se mostraban asustados.

—¡La sombra de nuestra nave, padre! La han visto. Y se han asustado.

—Es un mundo primitivo. Debe de haber sufrido algunas evoluciones. Esas personas se parecen bastante a nosotros.

—¡Son como nosotros! —advirtió Creta.

—Sí... Así parecen —musitó Arthem—. Y nos temen. Eso me hace pensar que son seres primitivos. No me gusta asustarlos. Este puede ser el habitáculo ideal para vosotros, hijos. Sería necesario tratar con esa gente. Buscaremos un lugar para posarnos.

Arthem divisó, a lo lejos, una estrecha meseta, pero con sitio suficiente para tomar contacto con el suelo del planeta.

—Nos dirigiremos allí —comentó.

Puso proa al lugar elegido, y poco después tomaron tierra.

Al salir los cuatro de la nave divisaron el llano dé las chabolas habitadas. No se veía a nadie.

—Parece como si todos se hubiesen encerrado dentro de sus casas —murmuró Gin.

—Es por el miedo, pero debemos convencer a esa gente de que venimos en son de paz y que podemos ayudarles.

—¿Podemos ir, padre? —preguntó Creta.

Arthem dudó unos instantes.

—Sois jóvenes todavía, pero... Bueno, llevaos el traductor especial. Seguramente hablarán otro lenguaje. Nosotros os vigilaremos desde aquí. Llevaos también un arma, aunque es mejor que no tengáis que usarla.

—¡No! —exclamó Edna—. Nada de armas. Que vean que van en son de paz.

—Tienes razón. Mejor' sin armas. No somos invasores. Pero por si acaso, pondré los cañones cara al poblado. Debemos protegerles. Son nuestros hijos. Los únicos continuadores de nuestra raza.

Anochecía ya, y persistía el silencio cuando los dos muchachos —Gin y Creta— descendieron desde la pequeña meseta hasta el poblado.

Ambos iban provistos de potentes lámparas, mientras desde el altozano, Arthem tenía los prismáticos enfocados y los focos batían con todo su chorro de luz una buena parte del terreno.

Cerca de un desnivel, alguien estaba gimiendo.

Gin se dirigió hacia el lugar cuando surgieron unos hombres

armados con estacas.

Creta se había quedado algo más rezagada, entre unos zarzales, y advirtió el peligro.

—¡Cuidado, Gin! —llamó.

Los hombres armados con los palos eran una media docena e iban detrás de Gin, que se escurrió entre los matorrales.

Creta observó a aquellos seres, medio desnudos, dispuestos a saltar, y gritó de nuevo:

—¡Gin!

Los hombres se volvieron hacia ella.

Gin, desde su escondrijo, no medía el peligro; su mente había captado algo, algo impreciso, pero que él traducía como una señal de peligro.

—¡Es un muchacho! —exclamo en voz baja, hablando consigo mismo—. Está herido.

Se sentía lleno de entusiasmo porque en unos instantes había sido capaz de captar un pensamiento ajeno. ¡El sentido telepático había funcionado por primera vez en su mente!

—¡Ya voy! —gritó.

Los hombres de las estacas rodeaban va a Creta, que al ver su proximidad, gritó:

—¡Gin! ¡Socorro!

Gin se revolvió.

—¡Deteneos! ¡Somos gente de paz! Necesitamos ayuda y podemos ofrecérosla! —gritó.

Pero más que gritar, lo impuso con su pensamiento.

Por una circunstancia para muchos incomprensible, los hombres armados de palos se detuvieron. Parecían haber captado aquel mensaje.

Gin, envalentonado, salió de su escondite y corrió hacia el claro

para enfrontarse a los hombres que rodeaban a su hermana.

—¡Quietos! Somos extranjeros... Pero de una raza mucho más adelantada que la vuestra. ¡Quietos! Sólo deseamos hablar con vuestro jefe.

Era evidente que nadie comprendía sus palabras.

Sin embargo, todos los seres depusieron su actitud amenazante.

Creta casi no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo, y por eso gritó:

—¡Te entienden, Gin!

—No es que me entiendan. Me obedecen. Creo que lo he conseguido,.hermana. Expresando un deseo, ellos me comprenden... ¡Vamos! Alguien está pidiendo auxilio entre esas matas.

Y Creta salió, pasando entre aquellos seres armados de garrotes que la miraban con ojos incrédulos.

Ginalcanzó al herido que gritaba. Era un muchacho algo mayor que él. Un jovencito que seguramente por correr se había caído y tenía una pierna rota que le dolía, pero callaba por miedo.

Gin le observó. Mentalmente, le infundió valor:

«No te preocupes, no es nada —pensó—. Yo te llevaré con los tuyos. Este puede ser un buen comienzo para entendernos. Tu raza y la nuestra...»

Lo levantó en brazos. Creta había llegado junto a él y le gustó el muchacho.

—Se parece a nosotros, pero es más guapo... Aquí todos los hombres son muy atractivos.

—No seas coqueta, hermana. Eres sólo una cría... ¡Anda ya!

Los del país le siguieron absortos, y Creta comentó:

—Tenemos que saber dónde vive.

Como si alguien hubiese comprendido la pregunta, contestó en un lenguaje extraño.

—¡El detector! —exclamó Creta—. No entiendo lo que dicen.

El detector o traductor simultáneo emitía unos signos de fácil lectura para la muchacha que en seguida tradujo:

—La segunda chabola de la calle cuarta. Dice que es el hijo de Yani...

Poco después, la comitiva llegaba al lugar indicado y el padre del muchacho, llamado Yani, mostró menos sorpresa que sus paisanos e hizo una pregunta a Gin en su idioma.

Creta tradujo, observando el detector: —Nos pregunta si venimos de un mundo espacial.

—Dile que sí, y que somos gente de paz.

Tras un breve intercambio de palabras con el padre del muchacho de la pierna rota, Creta respondió:

—Nos da las gracias por haber salvado a su hijo y asegura que está dispuesto a colaborar. Dice que está estudiando asuntos relacionados con el espacio.

—¡Estupendo, Creta! Creo que hemos dado con gente comprensiva. Ahora hay que transmitir con nuestros padres; necesitamos elementos para curar a ese chico. Una demostración nos pondrá a buenas con esa gente.

Creta cumplió el encargo, y utilizando el transmisor, habló con sus padres:

—Gin cree que estamos en buen lugar. Es gente comprensiva. Y sabemos comprender lo que piensan. Podéis venir. Necesitamos ayuda para curar a un muchacho que tiene rota una pierna.

Respondió Arthem, entusiasmado:

—¡Estupendo! Vamos de inmediato.

Gin trató de transmitir mentalmente el mensaje recibido de sus padres. Y se dirigió para ello al progenitor del chico que tenía rota la pierna.

Le comunicó, a través de aquel sentido cerebral, que todo iría bien:

—Su hijo se pondrá bien en seguida, señor. Tenemos métodos.

Pero de inmediato captó una extraña inquietud de aquel hombre. Era como el aviso de algo terrible, que iba a producirse.

—¿Cómo? ¿No entiendo? La meseta... —murmuró el chico, intentando captar el mensaje.

El hombre seguía hablando.

—La meseta, sí. Peligro... Pero, ¿qué peligro?

Era prematuro aún entender todas las frases, por eso no llegó a tiempo de evitar la catástrofe.

CAPITULO V

La explosión resonó por todo el ámbito, como el estallido de mil truenos retumbando a la vez.

La meseta se convirtió en un volcán tremendo, mientras una lluvia de piedras,' de lava v agua hirviendo invadía el valle.

Ellos se hallaban a un kilómetro de distancia, y el lugar del tremendo impacto era exactamente el llano de la meseta.

—¡Nuestros padres! —gritó Creta, advirtiendo el peligro.

Sí. Fue justamente allí. La tierra parecía querer-cobrarse un tributo sin importarle el número de víctimas.

Piedras, rocas, vegetación, todo se mezclaba en un mar confuso y candente.

Y en lo alto, Edna, rodando por aquella tierra extraña, gritaba, no de dolor, sino por la asfixia. Los golpes le habían roto el traje exterior, por donde se filtraba el aire ajeno. Arthem lo comprendió así, y corrió a auxiliarla. A él también le faltaban las fuerzas.

—¡Padre! ¡Madre! —gritaron a la vez los dos muchachos, corriendo hacia la ladera.

Arthem llegó primero y sólo consiguió ver a su mujer en un estado imposible.

El aire de otro clima había penetrado en su sistema respiratorio. Edna tenía la piel arrugada y un rictus extraño en la boca. Los tiempos pasados en conserva se habían esfumado en unos instantes.

¡Estaba muerta!

Arthem se volvió con el rostro contraído. Oía a lo lejos los gritos de sus hijos.

Quiso levantarse y le faltaron las fuerzas. Llevaba en sus manos el aparato para soldar la rotura del muchacho herido en la pierna.

—¡Gin! —gritó.

Y se palpó el cuerpo. Notaba algo extraño.

—¡Gin! —llamó una vez más.

Entonces descubrió el desgarro en sus ropas. Era tarde también para él.

—¡Hijo! —y cayó desplomado.

Así le encontró el muchacho.

Creta, a su lado, lloró amargamente ante un ser convertido en una tremenda arruga como si en un instante hubiese acumulado en su piel el paso de tantos años.

—¡Han muerto, Creta! Han muerto! —murmuró el chico.

Largo rato permanecieron los dos chicos junto a los cuerpos de sus padres yacentes, a escasa distancia el uno del otro.

Luego fueron sacados de allí por unos fuertes brazos. Era alguien amigo; era el padre del muchacho de la pierna rota.

La furia del volcán había desaparecido. La lava había tomado la vertiente opuesta y parecía volver a reinar la paz en el poblado situado a unos tres kilómetros de la meseta maldita.

—Tenemos que vivir aquí —dio a entender el padre del muchacho de la pierna rota—. Tenemos agua y vegetación... Es el volcán... El volcán es el único peligro, pero está lejos y sólo entra en erupción de cuando en cuando, pero nos avisa. ¡Siempre nos avisa!

Ni Gin ni Creta hicieron el menor comentario. Fueron con aquel hombre. El —Gin— había recogido el aparato. Creta miraba a lo lejos. La nave había desaparecido. En un momento habían roto por completo con lo único que les quedaba de su viejo mundo y habían perdido, además, a sus progenitores.

El padre del muchacho pareció comprender el pesar de aquellos seres extranjeros.

—Yo cuidaré de vosotros. Aquí tampoco os sucederá nada —murmuró.

Gin levantó sus ojos hacia el hombre, y murmuró de forma que el otro lo comprendiera:

—Sanaré la pierna de tu hijo. Eso es fácil.

El hombre pareció comprender y agradecer las palabras del muchacho extranjero.

Siguieron descendiendo por la ladera para entrar nuevamente en la casa.

—Mi hijo se llama Yani, como yo —pareció indicar el amo de la choza.

—Gin y Creta —repuso mentalmente el hijo de Arthem.

Los demás se alejaron. Eran los representantes de aquel pueblo extraño que en lo sucesivo debía ser la morada de los últimos supervivientes de un planeta destruido.

Gin se volvió a su hermana.

—Ha sucedido lo que tenía que pasar —le dijo—. Ahora debemos intentar ser comprendidos… y cuando tengamos descendencia, nuestros hijos tienen que ser los depositarios de nuestra misión.

—Sí, Gin… Nuestro padre quería formar una organización para luchar contra la injusticia. —Y tras una pausa, añadió—: Pero éste es un mundo primitivo.

—Crecerá. Y lo importante es comunicar a nuestra descendencia lo que sabemos, lo que nos proponemos.

—¿Crees que llegará a ser posible?

—Debemos intentarlo, Creta. ¿Por qué no puede ser posible?

El padre del muchacho herido observó cómo Creta aplicaba el aparato a la herida. La pierna se soldó rápidamente, y el aparato dejó de funcionar.

—Necesita la pila. Todo se ha destruido —murmuró Gin.

Pero aquel chico se levantó feliz y sonriente. *Su* pierna estaba soldada; sus huesos no se resentían. Se encontraba bien.

—¡Lo habéis conseguido! —exclamó Yani, el padre.

Gin tomó el aparato y salió fuera para tirarlo.

—Esto ya no sirve de nada. De lo de nuestro mundo ya nada sirve; tendremos que adaptarnos a las costumbres de este habitáculo.

Creta se volvió hacia el hombre y a su hijo:

—¿Cómo se llama este lugar?

—Ha tenido varios nombres. El planeta todavía evoluciona. Ya lo habéis visto. Las montañas arrojan fuego. A veces tenemos noticia de que surgen manantiales en otras partes. Familias enteras emigran, buscando lugares mejores...

Hizo una pausa y concluyó:

—Nosotros lo llamamos planeta Tierra.

Los dos hermanos cambiaron una mirada. Parecía que el nombre no les decía nada.

Tras el silencio, el muchacho de la pierna ya sana expresó su agradecimiento.

—¿Seremos amigos? —inquirió.

Creta le sonrió complacida. Le gustaba el chico... Quizá porque estaba en la edad, en la primavera de la vida, cuando surgen los primeros sentimientos distintos a los conocidos.

Yani —el padre— se volvió hacia Gin.

—¿Y vosotros? ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Somos los últimos descendientes de una raza y tenemos una misión que cumplir —repuso el chico.

Yani le comprendió a través de las ondas cerebrales. También él había sabido asimilar aquel influjo, aquel sentido inexperimentado hasta entonces, capaz de hacerse comprender sin palabras y de oír a través de la mente.

—¿Qué misión? —interrogó mentalmente.

Gin le comprendió a la perfección.

—Tenemos que fundar algo, señor.

—¿Qué?

Gin le miró fijamente, y recalcó:

—La organización.

CAPITULO VI

La evolución fue constante, y en el planeta Tierra, las vicisitudes incluso para Gin y Creta fueron en aumento.

Sus conocimientos de poco sirvieron ante la nueva naturaleza de las cosas.

El volcán próximo les obligó a emigrar a otras tierras, a buscarse el sustento y a aprender a vivir bajo otros moldes. Su ciencia de poco les sirvió ante la falta de elementos.

En aquel planeta —la Tierra— todo era primitivo, y casi nadie sabía nada de ella.

Yani era hombre que sobresalía por su inteligencia, y con su experiencia y la de los hermanos, consiguieron evolucionar más rápidamente, aunque siempre sus propósitos se veían frenados por la falta de medios.

No fue nada extraño que Creta se casara con Yani, *júnior,* y que Gin se emparejara con otra muchacha, ya; que su respectiva anatomía les permitía la mutua con vivencia.

Pasaron años sin que ninguno de los hermanos, cónyuges incluidos, dejara de pensar en aquel sueño de siglos que era la creación de una organización.

En aquel entonces todo parecía una utopía.

Cierto que existían guerras entre tribus, pero no se producían injusticias, ni nadie luchaba por un poder más o menos perecedero. La lucha era más bien por ignorancia, v más que nada por la subsistencia, dentro de la carencia de medios y la falta de exploración de un habitáculo, aún en estado de evolución.

Pasaron los años y surgieron enfermedades que diezmaron las diferentes tribus.

Gin, primero, y Creta después, perecieron cuando ya habían tenido abundante descendencia. Por eso la raza quedó suficientemente perpetuada, y el espíritu de la organización prosiguió.

Primero fue Plineo, nieto ya de Creta...

—La organización… Es el momento de formarla…

Se trabajó en grupo, se discutió, pero tenían que pasar todavía nuevas generaciones.

Una vez llegó un artefacto del cielo, un objeto extraño, que quedó encallado entre unas pocas. No había supervivientes. Es que simplemente no había tripulantes.

Un descendiente de Gin o de Creta tuvo idea de cómo funcionaban aquellos mandos.

—No nos creerán si decimos que hemos ido a dar un paseo por el espacio con esto —sonrió.

Pero a muchos de sus amigos no les importó en absoluto que les creyeran o no. Los deseos de conocer algo nuevo les impulsaron a subir.

El descendiente logró poner en marcha el artefacto y ya en pleno viaje, consiguió leer los mensajes extraños que aparecieron en una pantalla memorizadora:

> «Nave teledirigida, perdido el control del primer viaje experimental. Dirigirse a Klanto 3. Galaxia Solar.»

—¡Klanto! Debe ser otro mundo —murmuró el joven.

Sí, seguramente allá abajo en la Tierra, la esposa de Klanto, sus hijos y los hijos de los que habían corrido la aventura a bordo de aquel artefacto lloraron largamente la ausencia de los desaparecidos.

Claro que ellos deseaban volver, pero el espacio les absorbió y la aventura debió convertirse para ellos en una odisea.

Nadie absolutamente supo jamás qué había sido de aquellos hombres que en una simple gira campestre habían desaparecido.

Nadie pudo sospechar en aquella época remota de la Tierra, que unos seres vagaban por el espacio, gracias a los conocimientos de astronáutica del descendiente de alguien que no había nacido en la Tierra.

Así se disgregó la organización.

En el espacio, unos hombres desesperados consiguieron llegar a

un lugar extraño.

Unos seres similares, de aspecto humanoide, les recibieron. En su lenguaje, les dieron la bienvenida:

—¡Desde Klanton, os saludamos! ¡Gracias por habernos devuelto la nave experimental!

—Deseamos volver —repuso el descendiente de Gin.

Pero deseaban también asimilar los conocimientos de aquel planeta, infinitamente más adelantado y transcurrió demasiado tiempo.

Algunos solteros se habían emparejado ya, y no quisieron regresar. Luego ocurrió algo, común a todas las épocas: la guerra.

La guerra, que comenzó en otro planeta que trataba de destruir Klanton, y todas las fuerzas, toda la sabiduría y toda la técnica de aquellos seres, tuvo que volcarse en la defensa del lugar.

Klanton quedó medio destruido, los explosivos utilizados dejaron al habitáculo con una atmósfera nociva, irrespirable, contaminante; nada allí podía quedar con vida y sólo unos cuantos consiguieron salvarse con una nave. Entre ellos, el descendiente de Gin.

Encontraron otro habitáculo. Lo llamaron Pen-jam porque en su lenguaje significaba «salvación».

Y allí nació otra vida.

El descendiente, por ley de vida, tuvo nueva descendencia y la idea de la organización proliferó en ese otro mundo recién descubierto.

En la Tierra, en Klanton, en Pen-jam...

Sí. En todas partes, algunos seres tenían en su mente aquella idea: la organización.

Y mientras, por la galaxia rodaban naves, más o me
nos rudimentarias, fallecían planetas y surgían otros.
Nacían nuevas lunas y aparecían otros seres.

La Tierra iba avanzando aún en su fase primitiva.

La organización seguía paralela el curso de los acontecimientos.

Era, sin embargo, una sociedad en embrión, sin experiencia de su poder. Pero estaba escrito que algún día mostraría todo su poder.

CAPITULO VII

Y el Universo permaneció inamovible, aunque sus criaturas midiesen el tiempo en años y siglos.

Y siglos transcurrieron en el contar de los nombres. Los planetas continuaban evolucionando en torno a

sus respectivos soles.

La Tierra había alcanzado la época de estabilización, aunque algunos pseudosabios hablaban de mayoría de edad.

Tal vez para los terrícolas, los avances eran tan notorios que, en su triunfalismo inoperante, llegaran a pensar que ya lo sabían todo.

Lo cierto es que el planeta se había desarrollado. Se había desarrollado tanto, que los hombres, únicos animales de una misma especie, se mataban entre sí.

Guerras mundiales, guerras civiles, guerras de tribus, guerras de kábilas, guerras ideológicas, guerras y muertes sin fin.

Yani Yanovin, joven miembro de una familia de la clase más bien baja del país, había cursado estudios gracias al sacrificio de sus padres, obreros ambos y sujetos a absurdas normas y caprichos de la sociedad dirigente de su época.

Yani Yanovin comprendió que sus padres —buenas gentes— obligadas por el látigo a trabajar y callar, estaban equivocados de medio a medio al pensar que el sino de los pobres era trabajar para enriquecer a los que ya eran ricos.

—Lo que os pasa a vosotros y a todos los que se hallan en la misma situación es que no habéis tenidooportunidad de estudiar. ¡Nunca han existido escuelapara los pobres!

—Tú tampoco habrías ido a la escuela sin el sacrificio de tu padre y mío —respondía su madre.

—*¿Y* crees, madre, que para llevar a un hijo a la escuela es justo que sus padres tengan que sacrificarse?

—La vida siempre ha sido así.

—¡Ha sido así en este país, madre! —replicó Yani Yanovin—. Está bien claro que la clase poderosa que en el fondo no son más que un hatajo de borregos, quieren que haya un buen porcentaje de imbéciles y de burros para que ellos puedan explotarlos… Esa es la verdad. Habrá pobres mientras los que vosotros llamáis ricos no construyan escuelas para que la gente aprenda. En un país donde todos sean inteligentes, no pueden producirse injusticias.

—Tal vez tengas razón, Yani. Tal vez nos hayamos dejado explotar, pero no podíamos hacer otra cosa.

—Este es el mal, madre. Abusan de nosotros. Pero esto se ha terminado. Cambiaremos la forma de vida. Habrá justicia.

Lo que hubo fue una guerra.

Para algunos pintaron bastos, y se apresuraron a combatir a los que luchaban por un país mejor. De nuevo salieron a relucir las armas que, como de costumbre, en todas las épocas y en todos los países se hallaban del lado de quienes manejaban el capital.

La guerra fue infernal, mortífera…, como todas las guerras.

Los bombardeos destruyeron las ciudades y entre las víctimas se sumaron los padres de Yani Yanovin.

Tras unos años volvió la paz. La paz para aquella zona del globo fue sólo la dominación de los vencedores sobre los vencidos.

Las cosas, poco más o menos, rodaron como antes; sólo que los poderosos fueron otros, aunque surgieron los mismos perros con distintos collares.

Yanovin fue internado en prisión y fichado como persona no grata al nuevo régimen. Con Yanovin fueronencarcelados otros miembros del bando derrotado, aunque de hecho, todos eran, del mismo país, que de este modo se dividió en dos bandos: los vencedores y los vencidos.

De cara al exterior, la cosa parecía desarrollarse de la forma más normal. Oficialmente existía la paz y el pueblo tenía lo que deseaba. A los descontentos se les encarcelaba o se les fusilaba, según las causas, o según el talante del jefe de turno, porque, eso sí, todo ex combatiente del lado vencedor, si era listo, se había convertido en

jefe.

Las consultas al pueblo, hechas siempre de cara a otras naciones, fueron amañadas, de forma que los resultados favorecieron a los que ocupaban el poder que, en principio, se creyó temporal, pero poco a poco los nuevos dirigentes fueron afianzándose, y, con ellos, nació la policía represiva, que tenía como única función ir en contra de los ciudadanos protestones.

La policía, tan respetable por su misión de perseguir y capturar a los entes antisociales, se convirtió en el país en una auténtica milicia, no contra el robo y el crimen, sino contra los no conformes con el régimen, es decir, contra los propios ciudadanos que les mantenía en servicio.

Yanovin fue liberado al cabo de los años, gracias a viejas amistades que abogaron por él.

Yanovin se encontró con un pariente lejano, venido del extranjero, dueño de importantes propiedades y afincado en una hermosa villa de las afueras, en la llamada avenida del Monte Rot.

Allí fue a vivir, y ya en libertad, un poco desorientado y un mucho amargado por el cariz que habían tomado las cosas, vegetó por una patria que se le antojaba desconocida, falta de libertad v sin ningún porvenir. Pero pronto intervinieron los «Yeis».

Los «Yeis» era la policía gubernativa del país. El nombre, puesto por la masa, surgió por el calzado que usaban, unas botas especiales, fabricadas con material «Yei», de invención nacional.

—Lo siento, Yani. Quería que disfrutaras de estacasa tú y tu mujer. Vas a casarte pronto y hubiera deseado lo mejor para ti, pero el estado me ha enviado una nota. Debo abandonar la propiedad. Es zona de guerra.

—¡Malditos! —exclamó Yani—. ¡Malditos! ¡Esto es un robo! No deberías consentirlo... No lo digo por mí. No me importa vivir donde sea, pero no tienen derecho a incautarse de esto.

—No lo tienen, querido sobrino, pero en este país apelar a las leyes no sirve de nada. Las leyes las hacen quienes mandan. Y yo ya soy demasiado viejo. Volveré al extranjero. De allí no podrán arrojarme, pero, eso sí, tendrás mi ayuda.

—No, tío. Me abriré camino.

—Lo sé. Pero no será por tus méritos, que los tienes. Verás... El Estado es pobre. Necesita mucho dinero para pagar a tanta gente como mantiene, y ya no puede crear más impuestos por el momento. Necesita capital extranjero. Permitirá inversiones. Inversiones extranjeras. Repudian a los extranjeros en aquello que no les conviene, pero les reverencian con tal de que dejen sus divisas. De modo que mi sociedad no tardará en instalarse en este país, y tú trabajarás para ella. Tienes capacidad. Claro que la tienes. Ellos sólo son unos zoquetes con poder, pero carecen de inteligencia.

La casa fue incautada, pero Yani Yanovin, casado ya, pasó a ocupar un cargo importante en la financiera extranjera.

La ley de la vida siguió su curso. Yani y su esposa tuvieron hijos. Yani y Loria.

La represión continuaba. La paz era sólo simbólica. La libertad existía sólo para algunos. Los «Rinos» (Vencidos) seguían siendo enemigos del país, y como habían más Rinos que vencedores, aumentó el número de «Yeis».

Con el tiempo llegó la primavera de una nueva generación que no entendía de guerras, que deseaba paz y escuelas, pero lo primero era sólo oficial y lo segundó no existía. Igual que antes, se hablaba mucho de enseñanza, pero las calles estaban llenas de niños sin colegio.

Los estudiantes pedían a menudo una mayor justicia en este orden de cosas, yla respuesta era invariable: la aparición de los «Yeis».

Se producían detenciones y los que eran apresados sufrían martirios y humillaciones, pero no podían denunciar las causas porque los Yeis negaban e incluso, muy cínicamente, aseguraban que sus miembros eran auténticos caballeros.

—¡Hasta los malditos periodistas les apoyan! —gritó una vez Loria.

Loria se enfurecía a menudo 'ante la injusticia. Loria había salido a su padre.

—Cálmate, hermana —solía decirle Yani—.Conseguiremos arreglar las cosas de forma pacífica. Son unos estúpidos. La inteligencia terminará por vencerles...

—¿Inteligencia? ¿Cómo surgirán mentes inteligentes sin colegios? La cultura está sólo al alcance de unos cuantos.

—Paciencia. Les venceremos con las mismas armas. Voy a ser abogado, y mi primer pleito será recuperar la casa que arrebataron a nuestro tío v que deió en herencia a nuestro padre. La casa de la avenida del Monte Rot.

Yani, joven aún, se enfrentó con esta tarea. Le tildaron de loco, pero el juez, ante las pruebas, tuvo que fallar a su favor.

—Y teniendo en cuenta que la razón por la que la finca fue incautada ha desaparecido, y considerando, además, que sus actuales ocupantes carecen de derechos para permanecer en ella, este tribunal falla en favor de la parte demandante…

Etcétera, etcétera.

Fue un rudo golpe para ciertos miembros del régimen en aquella ciudad ribereña, que por ser cuna de inteligencia nata, había pasado a ser casi como el garbanzo negro de la nación.

La casa, sin embargo, fue desocupada.

El jefe «Yei» juró que se ocuparía personalmente de la familia Yanovin. El jefe era Erwin Suot.

—Van a acordarse esos malditos «Rinos». Palabra de honor… Quiero un informe completo de toda la familia.

Sí… Los Yanovin estaban fichados. Y estar fichado era mala cosa en aquel país.

CAPITULO VIII

Día tras día, mes tras mes, las cosas, lejos de arreglarse, empeoraban. A cada cambio de gobierno se recrudecía la represión.

—¡Han derribado una escuela para hacer una zona pública, pero se dice que van a construir casas! —gritó un estudiante.

Loria salió de sus casillas:

—¡No hay derecho! Siempre ocurre lo mismo; anuncian una cosa, pero lo que hacen en realidad es robar cultura al país en favor de unos cuantos.

—Hay que protestar. Este año diez mil muchachos quedarán sin poder asistir a los centros de enseñanza.

—Quieren que seamos unos burros.

—Nos limitan cada vez más los estudios.

—Nos ponen dificultades para no darnos paso.

Y las casas surgieron de allí donde antes habían existido escuelas, que jamás volvían a construirse.

—No podemos apelar a la ley, porque ya la han «arreglado» a su modo. Ahora resulta que lo que debía ser parque público es terreno edificable, pero me consta que es propiedad de un «pez gordo» —dijo alguien.

Loria tenía poco aguante:

—Hay que manifestarse contra las leyes injustas. No podemos llevar a los tribunales a esos ladrones porque oficialmente no lo son. Cambian las leyes a su antojo para que les protejan... Pero manifestándonos, el mundo será testigo de las injusticias de que somos objeto.

Hubo manifestación y hubo detenciones. Los «Yeis»se despacharon a gusto y Loria salió bien librada, gracias a que su hermano Yani pasaba por allí en automóvil y la llamó:

—¡Anda, sube!

—¡No me gusta huir como una cobarde!

—Sólo conseguirías que te destrozaran... Vamos a casa...

Días más tarde, Loria se enteró de que a otras amigas las habían interrogado. «Interrogado». Sí. Oficialmente no ocurrió nada, pero de las tres que cogieron, una murió más tarde, sin que nadie supiese las causas, otra tuvo que ser ingresada en un hospital, y la tercera le aseguraron que jamás podría tener hijos si llegaba a casarse.

Los «Yeis», por supuesto, «no habían hecho nada».

—¡Malditos, malditos...! Tendrían que matarlos a todos —rugió Loria.

Y hubo una nueva manifestación. Estudiantes y gentes del pueblo se unieron, arrojaron piedras y otros objetos a la policía represiva y consiguieron media victoria. Se habló de ello en el extranjero, pero todo siguió igual.

Suot advirtió:

—No voy a jugarme el puesto por culpa de unos exaltados. Quiero represión, represión... ¡Represión!

Hubo represión.

Aquella vez, Loria no intervino directamente. Tenía exámenes, pero a la salida se encontró con los disturbios y fue bárbaramente apaleada.

La llevaron al hospital.

—¿Qué tiene, doctor? —preguntó el padre.

—Saben lo que hacen... A usted puedo decírselo... Mire, tengo su misma edad y no me avergüenza confesar que hice la guerra a favor de ellos, pero ahora lo siento. Para eso no valía la pena...

—¿Qué es lo que tiene mi hija, doctor? ¡Quiero saberlo! —gritó Yanovin.

—Nada. No dejan señales. Oficialmente, es una cuestión interna... Tiene el hígado hecho polvo... Se salvará, pero sufrirá las consecuencias toda la vida.

Yanovin guardó silencio. Lloró interiormente, maldijo, renegó... Pero la suya era una fuerza malgastada. ¿Cómo podía enfrentarse a la injusticia?

«Ellos» eran la ley. No se les podía denunciar. Quien osara hacerlo, era automáticamente clasificado como enemigo del régimen.

Yani, su hijo, se aproximó al lecho de su hermana.

—Bueno —sonrió ella—. Yo no podía ser menos que mis compañeras...

—Lo siento, Loria... Pero de ésta se acordarán... Te lo juro.

—Tú tenías razón, Yani; es necesario esperar, vencerles con la inteligencia.

—Sí pudiera matarlos a todos lo haría. Eso también te lo juro —aseguró el joven abogado.

Luego fue a casa con su padre.

—Tu luchaste contra ellos. Ahora, seremos más... Tenemos que hacer algo.

—Sí, hijo... Buscar una nueva casa.

—¿Qué dices?

—Tengo un amigo que tiene que tratar con la dirección de los «Yeis». Parece que el jefe Suot ha ordenado un registro a fondo. Quieren perjudicarnos para recuperar la casa.

—Después de lo que han hecho con Loria... ¡Puercos! ¡No se atreverán!

—¿Y qué podemos hacer? Yo les odio más que tú, pero debo pensar en vosotros... Me opondré, claro está, pero si empleo la violencia, será peor. Nos despojarán de todo...

—Tiene que haber un medio..., padre... Vivir así no es vivir. Tener que decir que sí a todo... ¡Es una injusticia!

—No me lo recuerdes...

Padre e hijo hicieron en silencio el resto del viaje. Sólo al llegar, el joven cambió de coche, tomó el suyo y lo puso en marcha.

—¿Dónde vas?

—No lo sé, padre, pero necesito pensar.

—Ten cuidado, Yani.

—Sí, padre... Lo tendré...

Yani se alejó por la carretera que descendía desde la falda del monte Rot.

La hermosa casa de los Yanovin ofrecía su bonita silueta a lo lejos. Era de noche...

Una noche muy especial...

* * *

Suot estaba dando órdenes en su calidad de jefe de «Yeis».

—Mañana iréis a la casa. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Ahora es el mejor momento. Os recibirán mal, y ésa será una buena excusa... Si os insultan los detenéis. Ya encontraremos cargos. De ésos nunca faltan.

Los agentes sonrieron. Suot iba a lo suyo.

—Esa casa volverá a ser mía. ¡Os lo aseguro! —luego, más pausadamente, añadió—: Pero hay que hacer las cosas bien... Despacio, todo llega.

Sus subordinados saludaron y sonrieron. No había nada imposible para un «Yei».

* * *

Aquella noche también el cielo perdió parte de su azul limpidez, con una franja rojiza.

—Un platillo volante —dijo un niño que iba de la mano de su padre.

—Tonterías. Los platillos volantes no existen —repuso su progenitor.

La gente hablaba de los platillos volantes. Los periódicos se habían ocupado a menudo de los objetos que se movían bajo el cielo y que habían tenido testigos. En general se tildaba de visionarios a los que habían visto tales objetos.

Otros aseguraban incluso haber «visto» a los ocupantes de tales artefactos, pero las crónicas decían más o menos:

«Un campesino asegura haber visto a dos misteriosos ocupantes de una nave espacial:

—Los he visto tal como le estoy viendo a usted, señor.

—¿Ha hablado con ellos?

—No… Pero sé que trataban de decirme algo…

—¿Por signos?

—No, no… Creo que intentaban transmitirme algo…

—Pero… ¿Cómo lo hacían?

—Con el cerebro.

—¿Transmisión de pensamiento?

—Bueno. Yo no entiendo de esto, señor… Pero querían decirme algo… Yo tenía mucho miedo.

—¿Y qué hizo?

—Nada. Ellos volvieron a subir a la nave y se alejaron. Yo me quedé como petrificado…

—Bien, tal vez algún día pueda escribir un libro sobre esto.»

Sí. Esa era la crónica que el periodista gracioso concluía así:

«Es bien notorio que el campesino jamás regresa a su casa sin haberse zampado por lo menos un par de litros de vino. El día que

dijo haber visto el platillo, según cuentan, había bebido tres...»

La burla sobre la visión de «cosas extraterrestres» quedaba siempre apostillada con vituperio para los «visionarios».

Yani pensó casualmente en ello, mientras observaba el cielo, tras haber oído el comentario del chiquillo y la respuesta de su padre.

El niño proseguía:

—Padre... ¿Tú no crees que pueden existir seres en otros planetas?

—¡Yo qué sé! Bastantes preocupaciones tenemos en el nuestro...

Yani seguía su periplo al volante de su coche. Pensó en esa conversación. Había oído otras similares; había leído periódicos.

Otro semáforo le detuvo.

Sin saber por qué, puso en marcha nuevamente elvehículo, cuando la luz estaba en rojo. Se sintió como atraído hacia aquel punto donde había aparecido la franja colorada. Era un montículo, no demasiado lejos de la ciudad.

¿Por qué fue hacia allí?

Quizá como una evasión a sus pensamientos.

Había recapacitado sobre los problemas suyos, de su familia, de su hermana. Problemas a los qué no encontró solución. Necesitaba por lo tanto evadirse, hallarse lejos de todo.

Detuvo el auto allá, en plena naturaleza, una zona virgen aún v observó la franja rojiza en el firmamento.

Allí sintió algo.

Algo indecible...

Algo...

CAPITULO IX

La mañana del siguiente día fue en lo externo igual a la anterior.

Un día como cualquier otro. Se trabajaba, las calles estaban llenas de gentes, como en todas las grandes ciudades. Se iba y se venía. Se levantaban casas, se reparaban calzadas o se fingía hacerlo.

En algún solar lejano donde se estaba construyendo un edificio, un obrero cayó desde una altura considerable v el trabajo quedó interrumpido.

—¡Se ha matado!

Los compañeros le rodearon.

Yani, en su calidad de consejero jurídico de la empresa, se encontraba allí y se abrió paso entre la gente.

—¡Una desgracia! —exclamó alguien.

Yani observó al accidentado. Estaba muerto.

—Nos exponemos por una miseria. Nuestra vida depende de un error; la más leve vacilación te lleva a la tumba. ¿Y total para qué? —comentó alguien.

—Darán una pequeña indemnización a su viuda y no se hablará más.

Yani pensó que aquello eran gajes del oficio. Un accidente no se podía prever y en aquella construcción se trabaja con la máxima seguridad, aunque en caso de accidente la pensión para la viuda fuese risible.

—Su familia seguirá viviendo decentemente. Yo me encargaré de ello —murmuró Yani, levantando la mirada.

Fue entonces cuando sus ojos tropezaron con aquel hombre alto, de pelo ondulado, castaño. Tenía la mirada penetrante *y* los ojos fijos

en él.

Yani se incorporó y avanzó hacia él.

—Me llamo Charvel —dijo.

—¿Nos hemos visto antes? —inquirió Yani, fijándose en su interlocutor.

Le vio vestido como un peón más, pero con cierta elegancia, con distinción. Era diferente.

—No creo... —murmuró Charvel.

—¿Trabaja usted aquí?

—Sólo eventualmente.

—No contratamos obreros eventuales. Esta es una empresa seria. De lo contrario, yo no sería su asesor jurídico.

—Lo sé. Usted es persona justa.

—¿Me conoce?

—A usted y a su familia. Bueno... En realidad, conocemos a mucha gente.

—¿Por qué dice «conocemos»? ¿Representa a alguien?

—En cierto modo —sonrió—. Usted se llama Yani, ¿verdad...?

—Sí.

—Bueno. Un antepasado mío se llamaba igual.

—Es un nombre corriente.

—Es posible...

—Señor... Charvel... ¿Quiere hablar usted conmigo., de algo?

—De sus problemas.

—¿Quién es usted?

—Si busca en la lista de los asalariados, no me encontrará.

—No entiendo.

—Ya lo entenderá. Vámonos. El turno está a punto de terminar, y usted ya se iba, ¿verdad?

—Sí.

—Se iba a consultar libros de derecho. Le preocupa la situación de los suyos.

—Comprendo... Usted es un espía de los «Yeis»...

Charvel sonrió.

—Extrañas gentes, los «Yeis». Son analfabetos la mayoría, pero tienen poder y ustedes se lo consienten, por miedo... Es lógico...

Yani parpadeó. No entendía a aquel hombre, pero algo le atraía de su personalidad. Su entendimiento, siempre claro y despejado, se sentía influido hacia él.

Subieron al auto. Al coche de Yani. Charvel se acomodó tranquilamente a su lado y murmuró:

—Vayamos a casa de mi amigo. Veremos de ayudarles...

—¿Ayudarnos?

—No es seguro que podamos conseguirlo... Es una experiencia. La primera experiencia. Tendremos que actuar en pequeña escala.

—No le entiendo, Charvel, pero siga... Creo que trata de decirme algo. Lo intuyo.

—Conozco perfectamente el problema de ustedes. Hubo una guerra y se cometió una tremenda injusticia en su país, pero no son los únicos. En todo el planeta hay casos parecidos desde épocas lejanas. Injusticias, guerras interesadas, dictaduras. Los vencedores se ensañan con los vencidos. Esta ciudad está sometida. Los vencedores ocupan otra ciudad y desde ella, les dominan. Les odian porque ustedes son más inteligentes.

—¿Usted es extranjero...? Habla correctamente nuestro lenguaje.

—Yo hablo muchos lenguajes. Eso es fácil. Comprender a la gente, también. Lo más difícil es actuar; hacer justicia. Yo quiero ayudarles... Le he elegido a usted... A ti. Voy a tutearte, puesto que nos veremos a

menudo. Tú, tu familia, tu padre… Os elijo como prototipo, puesto que esta tarde los «Yeis», como tú les llamas, van a haceros una mala pasada.

Yani seguía conduciendo en silencio. Se sentía impresionado por la voz aplomada, serena y segura de su eventual compañero de viaje.

Y Charvel continuó:

—Una guerra cruel, para beneficio de unos cuantos. Luego, se implantó la injusticia.

—Está durando muchos años, amigo. Puesto que sabe tantas cosas, sabrá también que somos un país oprimido. Todos nos cierran las puertas a causa del gobierno que padecemos. No podemos rebelarnos. Somos como prisioneros.

—Lo sé, lo sé… Y por eso queremos iniciar nuestra labor a título de prueba. Quizá para otros existan in justicias mayores, pero éste es un país pequeño, con problemas que, desde mi punto de Vista, pueden ser fáciles de resolver y tenemos que empezar con lo fácil.

—¿Por qué trata de ayudarnos?

—Es una larga historia. Tendremos tiempo de hablar de ella. Ahora nos reuniremos con tu padre.

—¿Mi padre?

—Sí. Ha sido llamado por el cónsul.

—¿Qué cónsul?

—Del Este…

—No sabía…

—Sí. Un asunto premeditado. Tu padre tampoco lo sabía, pero en razón de su negocio, ha venido bien facilitar esa entrevista.

—El cónsul del Este. Esto quiere decir que debo dirigirme hacia la Avenida de…

No continuó la frase. Sin darse cuenta, sin que nadie le hubiese indicado de antemano adonde iban, se encontró detenido ante la puerta del Consulado. Del Consulado del Este.

Charvel sonrió.

—¿Quién es usted?

—Simplemente, un miembro de la organización —sonrió Charvel nuevamente.

CAPITULO X

Yanovin se encontraba sentado frente a la mesa del cónsul, persona importante en el país y muy mimada por todas las fuerzas vivas, por las divisas que aportaba a las arcas nacionales.

Yanovin había acudido para hablar de negocios.

El cónsul, relativamente nuevo en la ciudad, era una persona amable y sencilla, pero tenía un aire autoritario que, sin embargo, en ningún momento puso en evidencia.

—Para celebrar nuestro trato, sugiero que dé usted una pequeña recepción en su casa —sonrió el representante del país del Este.

—Sí. señor. Sería un honor, pero tropiezo con algunas dificultades, que en estos momentos no puedo impedir.

—Sí podrá usted...

—¿Podré? Usted no sabe...

—Yo sé muchas cosas, amigo Yanovin. Sé muchas cosas y de ellas trataremos dentro de unos instantes.

En aquellos momentos, un servidor del Consulado, llamó a la puerta para anunciar la llegada de Charvel.

Y Charvel apareció, acompañado de Yani.

Su padre se sorprendió al ver al joven allí.

—Hijo... No comprendo...

—Ya lo comprenderá —sonrió el cónsul.

Charvel tranquilizó a Yanovin con otra sonrisa.

—Siéntense, por favor. Hablaremos con calma.

Yanovin, con una mirada, trató de interrogar a su hijo para saber qué significaba su presencia allí. Yani murmuró:

—No son muy explícitos, padre, pero lo he comprendido

perfectamente. Tratan de ayudarnos.

—Exacto —dijo Charvel y se presentó cortésmente—. Y su hijo ha demostrado su inteligencia. Sabe lo que pretendemos.

—Son miembros de la organización, padre —dijo Yani.

—¿De la organización? —Yanovin no acababa de comprender—. ¿De qué organización?

Luego, lentamente, pareció adivinar los pensamientos de Charvel. Incluso los del cónsul. Se volvió hacia su hijo y sonrió también. Intuía algo. No sabía exactamente lo que era, pero interiormente pensó lo mismo que momentos antes había pensado Yani también:

«Sólo ellos pueden salvarnos.»

El automóvil oficial ascendía por la aristocrática avenida del monte Rot. Lo ocupaban dos «Yeis». El que iba al volante, murmuró:

—Esto es vida. Aquí se respira. Hay jardines, aire limpio.

—¡Todo está podrido! —espetó su compañero, de ojillos de lechuza y la visera de la gorra cubriéndole totalmente la frente.

—¡Cuidado, Sett! Aquí vive gente importante. Todos no son como Yanovin.

Sett sonrió y sus ojos brillaron de odio.

—¡Ahora verá ese puerco!

—¡Sí! —rio también el compañero, al que un mechón de pelo se le escapaba «antirreglamentariamente» delante de la gorra—. Hoy nos vamos a divertir.

—Ese maldito «Rino» cree que, porque vive en esa zona, ya está a salvo. No tardarás en verlo temblar. Luego, ya le ajustarán las cuentas.

—Ya estamos llegando —repuso el otro, tras doblar la curva.

La llamada Casa Azul, marcada con la letra «Alfa», destacaba de las demás. Con trescientos metros de pared cerrando los jardines, la mole edificada sobresalía por encima de la escalinata y desde la avenida, podía verse el parque que la rodeaba.

—¡Puerco! —rugió Sett nuevamente—. No tiene derecho a vivir

como vive.

—Ya le bajaremos los humos —dijo el otro.

El automóvil se detuvo frente al portalón principal,que cerraba una doble verja. No había portero alguno para abrir. Era necesario tocar un timbre y esperar.

Sett y su compañero observaron la escalinata, al otro lado de la puerta.

—Debe haber otra entrada para los coches —murmuró el compañero de Sett y señaló la parte de arriba.

La avenida daba la vuelta y la casa Alfa ocupaba todo el terreno, desde la parte baja hasta lo más alto de la inmensa parcela.

—No nos interesa. Haremos salir a Yanovin y nos lo llevaremos. Sin contemplaciones. Ya sabes cuáles son las órdenes.

El del mechón caído pulsó el timbre y la respuesta inmediata fue el feroz ladrido de un perro.

—Hum. Tienen perro —gruñó el «Yei».

—¿Y. qué?

—Nada, nada. Sólo que no me gustan los perros.

—Tienes un arma, ¿no?

—¡Claro!

El perro llegó el primero. Era de los llamados de raza salvaje, grande, feroz. Extremadamente fiel a sus amos, pero implacable con los desconocidos, con los enemigos.

Se encabritó el animal, y a través de las rejas, pareció husmear a los dos «Yeis».

—¡Vuelve a llamar, Chin! No me gusta que me hagan esperar —espetó Sett.

El del mechón caído insistió, hasta que el dedo se le cansó de pulsar el botón.

Entonces apareció Yani, en lo alto de la escalera.

El perro ladraba insistentemente, dando fe de que no le gustaban los visitantes.

Los ojos de Yani se clavaron en los de Sett, desde lo alto dé la escalera. Creyó reconocerle y un odio mortal se evidenció en su semblante.

—¡Van a abrir de una maldita vez! —gritó Sett—. Venimos en misión oficial, del Departamento de Seguridad.

Yani siguió clavado en lo alto de la escalinata, hasta que apareció su padre tras él.

—¡Ahí están! ¡Los malditos «Yeis»! —gruñó, sin levantar la voz.

—Bueno, hijo. Calma. Vamos allá.

El perro seguía ladrando y Sett, con voz tajante, soltó una orden:

—¡Haga callar a este maldito perro!

—¿Por qué?

—Porque me molesta. Abra la puerta. Deseamos hablar con Yanovin.

—¡Con el señor Yanovin, querrán decir! —repuso Yani, que había bajado la escalinata al lado de su padre.

—¿Quién eres tú? —inquirió Sett, en tono amenazante, como si le recordara de algo.

—Soy el hijo del señor Yanovin.

—¿Y ése...? —Sett se fijaba en Yanovin.

—Es mi padre. ¿Qué buscan aquí? ¿Están citados? —Yani les hablaba con una autoridad poco común, cuando alguien tenía que vérselas con los «Yeis». Y los dos hombres de verde uniforme cambiaron una mirada de jocosa sorpresa.

—¿Has oído, Sett? Nos pregunta qué hacemos aquí... ¡Tiene gracia!

Sett cortó la pausa con una orden tajante:

—¡Abran la puerta, en nombre de la Seguridad! ¡Y que calle ese

maldito perro!

Efectivamente, el can no cesaba en sus ladridos amenazadores. Gruñía, se enderezaba, tenía ganas de atacar.

—¡Hijo de...! —Y Sett sacó el revólver.

—¡Cuidado! —advirtió Yanovin—. No se le ocurra disparar contra el perro.

—Pues hágalo callar. Venimos a cumplir un deber.

—Mi perro también cumple con el suyo —repuso Yanovin, haciendo una seña a su hijo para que abriera la puerta.

Sett hizo ademán de usar el revólver, apenas la barrera de rejas hubo basculado a un lado, pero entonces el perro saltó fieramente, agarrando el brazo armado del policía, que lanzó un grito y soltó el arma.

Chin, el del mechón caído, quiso desenfundar su revólver, pero Yani se lo impidió, lanzándose contra él y golpeándole el rostro.

—¡Cuidado! —advirtió su padre—. No hay que dejar señales...

Luego, se volvió hacia el perro, para ordenarle:

—¡Bien, «Alfa»! Suéltalo...

A Sett le dolía el brazo, a Chin, el golpe recibido, mientras las dos armas respectivas estaban en poder de Yani que, apuntándoles con ellas, les ordenaba tajante :

—Ahora, subid las escaleras, «Yeis» del demonio.

Sett, jadeante y asustado a la vez, balbució:

—¿Te das cuenta de lo que estáis haciendo? Es el delito más castigado que existe...

Yani soltó todo su odio:

—No sois nada. Sólo una pandilla de cobardes, escudados con un uniforme. Pero debajo de este uniforme, sólo hay cobardía... Os creéis superiores porque os ampara una ley falsa, creada por un dictador, tan falso como vosotros. ¡Cobardes! Sin armas, sois menos que peleles. ¡Arriba, o daré orden al perro para que os devore!

—Pa... pagaréis esto —aún osó decir Sett, y lo único que consiguió fue ganarse una patada en la pierna.

—No, Yani. Modérate —murmuró el padre—. Yo les odio tanto o más que tú. Pero debemos obrar con método... Con su mismo método. Recuérdalo... ¡Vamos, arriba!

Menos incisivo, pero con absoluta seguridad, Yanovin les indicó con el dedo que subieran.

El perro gruñía junto a sus amos, como si esperara una orden para atacar.

Los malditos «Yeis» tuvieron que obedecer, como ciudadanos cualesquiera.

CAPITULO XI

—¡Quítense la ropa! —ordenó Yanovin suavemente.

Los dos «Yeis» se miraron entre sí.

—¡Ya lo habéis oído, perros! Fuera la ropa. ¡Desnudos! Tal como vuestras chivas os trajeron al mundo —espetó Yani.

—Modera tu lenguaje, hijo. Suave. Ellos saben ya lo que les espera.

—¡No! —gritó Sett—. No nos desnudaremos...

Su estallido carecía de consistencia, allá en medio de la sala vacía, inmensa y subterránea.

Cuatro hombres habían aparecido por la única puerta. Cuatro individuos fornidos, provistos de palos. Cuatro verdugos, que avanzaron hacia ellos, en espera de órdenes.

Yani les mantenía encañonados.

—La ropa —insistió fríamente Yanovin.

—Bueno..., bueno... Está bien, pero oiga... Nosotros vinimos sólo a cumplir una misión... No... tenemos nada contra ustedes..., cumplimos órdenes...

Yani tiró el revólver y tomó el palo que llevaba uno de los hombres.

—¿También cumplías una misión cuando golpeaste a Loria?

Y antes de que pudiera replicar, le golpeó el estómago con tal fuerza, que el «Yei» cayó hecho un revoltijo.

—Yo no conozco a ninguna Lo...

El nuevo golpe en la espalda le hizo interrumpirse para lanzar un verdadero aullido.

—¡No! Tú no conoces ni a tu madre. ¡Perro! Pero cuando estás frente a una mujer, te ensañas con ella, amparándote en tu uniforme...

Un tercer golpe en el pecho arrancó una tos del policía.

—Déjale, hijo. Nuestros amigos se encargarán deellos. Y ya lo sabéis. Mucho cuidado. No quiero señales. Ni una sola señal. —Y tras una pausa, añadió—: Solamente quiero que los destrocéis. Eso es todo.

—¡No! —gritó el del mechón—. ¡Esperen!

Yanovin se volvió hacia él.

—¿Vas a implorarme algo de rodillas?

—Sss... Sí... —acabó balbuciendo el «Yei»—. Yo no...

Yanovin le miró con desprecio.

—Yo jamás pedí clemencia. No te preocupes. Únicamente te harán sufrir, luego seguirás viviendo..., si es que puedes. Adiós.

Padre e hijo se alejaron. Yani murmuró:

—Déjame, padre.

—No. Eres demasiado impulsivo. Vamos. Luego hablaremos con ellos. Ahora están en buena compañía. Volvamos a la fiesta. —Y Yanovin sonrió como no había sonreído desde hacía muchos años.

* * *

Había oscurecido ya cuando Yanovin abrió la puerta de la habitación subterránea. Encendió la luz y observó a los dos «Yeis», agazapados en un rincón de la desnuda estancia. Tan desnuda como sus propios cuerpos.

No mostraban la menor señal de violencia, pero se retorcían de dolor. Habían recibido un castigo, del que difícilmente iban a reponerse. Los aires de superioridad, el cinismo, el sarcasmo..., toda forma habitual en ellos, había desaparecido. Eran dos perros apaleados y dolientes, que sólo podían pedir clemencia.

—¡Sett, vístete! —ordenó Yanovin.

El «Yei» se arrastró hasta él para tomar la ropa que Yanovin le

arrojó al suelo.

—Luego hablaremos —añadió.

Yani le aguardó en el corredor y le acompañó a empujones.

—¡Vamos camina, valiente! ¡Vamos!

Sett no pronunciaba palabra. Deseaba escapar deallí, pero no podía. Tenía que hablar aún con el hombre al que había ido a detener.

Yanovin le aguardaba en la bodega, sentado detrás de unos toneles, con su aire grave, severo, superior.

—Ahora, escúchame bien, «Yei». Escucha bien lo que voy a decirte. No vuelvas más por aquí. Te haré descuartizar si te atreves. Morirás a pedazos. Te doy mi palabra... Y avisa a tu jefe, al comisario Suot, que, de ahora en adelante, tenga mucho cuidado con su esposa. Recálcaselo. Mucho cuidado. Si la quiere, que vele por ella. No se te olvide. ¡Lárgate! ¡Fuera! ¡De prisa, o llamaré a los perros...!

* * *

Charvel esbozó una sonrisa, sin perder su implacable gravedad:

—Excelente. Le felicito, Yanovin.

—Ha sido una gran experiencia —repuso el dueño de la casa—. Pero ahora...

—¿Sabe lo que va a suceder ahora?

—Suot mandará más gente. No se resignará.

—Pero usted sabe lo que tiene que hacer, ¿verdad?

Yanovin entornó los ojos. Su hijo se aproximó.

—Sí, papá... Es fácil.

—Deja a tu padre, Yani. Tú eres muy impulsivo —sonrió Charvel.

—¡Les odio!

—Hay que utilizar la cabeza. No lo olvides.

Yanovin asintió. Abrió los ojos como si un rayo de luz acabara de hacerse en su mente.

—Sí, Charvel. Creo que sé exactamente todo lo que va a suceder y puedo impedir que ocurra lo que no nos convenga.

—Bravo, Yanovin. Creo que..., que ya puede usted ser miembro de la organización.

—¿De veras?

60 —

—Tendrá la gente que necesita. Empiece a discurrir el plan.

—Lo tengo en la mente, Charvel.

—Pues adelante, Yanovin...

—Vamos a atacar, ¿verdad? —inquirió Yani—. Es el momento. Hemos empezado.

—Tu padre te dará las instrucciones, Yani. Atacar sí, pero justo por donde se pueda. Siempre siguiendo la línea más lógica. Hasta la vista. Tengo que reunirme con el cónsul esta noche. Tendrá los hombres.

Cuando padre e hijo quedaron solos, el primero dirigiéndose a Yani, exclamó:

—Vamos a mi despacho. Organizaremos el plan.

—Charvel no te ha dicho cuántos hombres te mandaría.

—Los necesarios, hijo. Sé que serán los necesarios.

* * *

El comisario Suot apretó los puños. Era un gesto impotente. Si de él hubiese dependido...

Pero en ese caso, no podía obrar abiertamente. Yanovin se había mostrado demasiado audaz, atacando a dos de sus hombres y martirizándoles sin dejar huella alguna en sus cuerpos.

Pero en uso de sus facultades, espetó: —Toda una brigada entera vigilará esa casa y cada miembro de la familia… ¡Ah! Y el hijo será detenido. Es un maldito «Rino». Organiza jaleos entre estudiantes y capitanea grupos. Le acusaremos de esto. Yanovin vendrá a suplicarme que le deje libre. ¿Quién diablos se cree que es ese pobre diablo?

Dio las órdenes para rodear la gran finca Alfa de la avenida y además tomó sus precauciones con respecto a su esposa.

—Quiero que la mantengan vigilada constantemente. Dos hombres en la puerta de la casa y cuando salga, que la sigan dos automóviles, con otros dos hombres encada uno. Un coche marchará detrás y el otro a alguna distancia, para evitar sorpresas. Quiero un informe de todos sus pasos y la novedad cada diez minutos. Lleven coches con radio, y permaneceré en contacto.

* * *

La señora Suot fue advertida del peligro por parte de su marido, quien le aseguró:

—Quiero que hagas la vida normal. Estarás constantemente protegida, y… ¡ay del que se atreva a dar un paso contra ti! —sonrió —. En realidad, me gustaría que lo intentara, así tendría una buena ocasión para detenerlos a todos y mandarlos al infierno.

—No es que tenga miedo —repuso ella—, pero tal vez sería prudente que me quedara en casa.

—¡No! Eso sería admitir que tenemos miedo, que les tememos. A mí no se me arruga el ombligo por nada. Han querido lanzarme un desafío, pues aquí me tienen. Yo les enseñaré quién es el más fuerte. Ellos mismos se meterán en la ratonera.

* * *

La señora Suot, joven aún y de buen ver —los «Yeis», en su mayoría, habían sacado a sus mujeres entre las antiguas entretenidas de los bares— cruzó el jardincillo de su residencia y al llegar a la calle, miró en ambas direcciones. Vio él primero de los automóviles que debían seguirla para su protección y sonrió. Subió en el suyo, que condujo ella misma, según su costumbre y, a través del retrovisor, vio cómo era seguida por los agentes que su marido había puesto a su disposición.

Más rezagado, arrancando de la otra esquina, un segundo automóvil seguía al otro, como refuerzo.

En la calle, dos agentes quedaban vigilando la casa. Los coches salieron de la zona residencial, dondereinaba una calma absoluta, para adentrarse en el centro de la población.

Fue en uno de los cruces donde surgió el coche a gran velocidad, que se echó materialmente sobre el automóvil que reforzaba la vigilancia de la mujer de Suot.

El agente que conducía se vio obligado arealizar una brusca maniobra e invadir el paseo.

Antes de que el conductor y su acompañante pudieran reaccionar, surgieron un par de hombres armados de metralletas silenciosas, que «hablaron» por sí mismas.

Sin palabras, los dos agentes salieron del coche con las manos en alto.

Fueron conducidos al coche que les había embestido y que, inmediatamente, se puso en marcha, no sin que antes un tercer hombre se hiciera cargo del vehículo policial y se alejara con él, desconectando la radio, al tiempo que se dirigía hacia las afueras.

Los del primer coche miraron alguna que otra vez hacia atrás.

—No veo la unidad número dos, y no contestan…

Estaban ya en el centro, y la señora Suot había detenido el auto frente a unos grandes almacenes.

—No te distraigas ahora. Tú síguela; intentaré establecer comunicación con la otra unidad. Si no lo consigo, hablaré con el jefe.

. —Sí. Hay que tener cuidado —murmuró el compañero que salió, dispuesto a seguir a la señora Suot por el interior de los almacenes.

Por la mañana no había mucha gente, pero ello no fue obstáculo para que el policía se viera interceptado por dos hombres que se cruzaron ante él. Cuando quiso reaccionar, uno de ellos le golpeó con tal fuerza en el estómago, que el «Yei» estuvo a punto de desmayarse.

Casi a rastras lo llevaron a uno de los lavabos públicos del almacén, mientras que el otro agente que intentaba establecer contacto, se vio encañonado por un individuo, que le conmino:

—Sal o te aso a tiros. Ya sabes que no hace el menor ruido.

El «Yei» tuvo que salir del auto y en medio de la muchedumbre que pululaba por el centro, fue conducido a otro coche, mientras otro hombre se hacía cargo del vehículo policial, exactamente como había sucedido minutos antes.

En los almacenes, un individuo de estilizados modales se aproximó a la señora Suot, cuando ésta se disponía a salir, después de haber comprado unas chucherías.

—Señora... Perdone que la importune...

—¿Quién es usted?

—Cumplo una misión... Tiene que llamar a su marido. Mi nombre es Carbelo. Sígame, por favor.

La señora Suot dudó un poco, pero pensó que debía tratarse de un agente y, puesto que el joven le pedía que llamase a su marido, no entró en sospechas. Además, el joven resultaba muy agradable de aspecto y de voz, y nada le hacía pensar que pudiera pertenecer al bando opuesto.

La esposa del comisario marcó el número y al escuchar a su marido, murmuró:

—Todo bien, querido.

—Me quitas un peso de encima. No consigo establecer comunicación con mis hombres... ¿Hay alguno de ellos cerca de ti?

—Sí, a mi lado. Dice llamarse Carbelo.

—¿Cómo?

—Carbelo…

—Yo no… ¡Que se ponga!

La señora Suot pasó el auricular al sonriente Car: belo que, con voz pausada y tranquila, lo suficientemente baja para que la esposa del comisario no pudiera oírle, dijo:

—¿Qué tal, comisario? Usted no me conoce. No se inquiete por sus agentes. No pasa nada. Simplemente, ha sido una demostración en su honor. Por hoy, a su esposa no le ocurrirá nada. Esto es todo —colgó.

Suot estaba lívido. Comprendió que a pesar de las precauciones, su esposa había caído en manos de sus enemigos, de aquella gente que empezaba a inquietarle…

* * *

Quizá en el fondo lo que más había hecho sufrir a Suot, no era la suerte de su mujer, sino su orgullo herido. El orgullo de un jefe con plenos poderes, que se veía vencido por gente de mayor inteligencia y a la que no tenía pruebas para acusar.

Claro que en el régimen del país, lo de las pruebas era lo de menos, pero por si acaso, se entrevistó con el jefe superior.

—¿Cómo 'consientes que te hagan una cosa así? ¡Eso ni siquiera debes consultármelo! Un ataque a un agente del orden es un delito contra toda la nación. Ya conoces las normas.

—Entonces… Usted me respalda.

—Siempre que no haya gente importante metida en esto, tienes mi asentimiento. ¡Adelante! —y añadió—: ¡Ah! Y por tu bien, si se trata de una banda organizada, tienes la obligación de destruirla. Cuenta con todos los efectivos que te hagan falta.

—Gracias, jefe. Yo arreglaré esto…

CAPITULO XII

En casa de los Yanovin se celebraba una fiesta. Así lo manifestó el secretario que franqueó la puerta a los dos oficiales de paisano.

Un detalle. No había perro.

—Avisaré a los señores.

—Iremos con usted. Y dese prisa. Es un asunto oficial —advirtió uno de los agentes, con aire de superioridad y dispuesto a no dejarse sorprender.

El comisario Suot esperaba en el coche, y tras elsuyo, otros cinco coches, cargados de «Yeis» armados aguardaban acontecimientos.

A los dos agentes de paisano se unieron media docena de «Yeis» de uniforme, que siguieron al secretario que, tras cruzar el sendero interior, subió la escalinata que conducía a la casa, de la que surgía la agradable música de la fiesta.

Dos agentes quedaron fuera, otros dos en la puerta y cuatro pasaron al *hall,* ante la impavidez del secretario, que llegó al interior de los salones.

No tuvieron que aguardar mucho. Yanovin salió, acompañado de su hijo.

—¿Desean verme? —inquirió.

—¿Es usted Yani Yanovin?

—Sí.

—Tendrá que acompañarme. Y su hijo también.

—Yo soy su hijo —murmuró Yani, desafiante— y quiero saber qué hemos hecho para que tengamos que acompañarles.

—Las preguntas se las hará el comisario. Vamos. Sígannos —ordenó el agente.

—Tendré que despedirme de mis invitados—declaró con frialdad Yanovin.

—No hay tiempo. —Y el agente, con un ademán, indicó a los de uniforme que rodearan a padre e hijo.

Fue entonces cuando apareció el cónsul.

—¿Qué ocurre, mi querido anfitrión? ¡Oh! Los representantes del orden… —Y el cónsul sonrió—. Ya le dije al gobernador que no se tomara ninguna molestia. No creo tener enemigos y ésta es una fiesta privada.

Los agentes se miraron, sorprendidos.

—Tal vez no le conocían ustedes —adujo Yani, con aire triunfante —. Es el cónsul general de los Estados del Este. Nuestro invitado. También está el director de las industrias planetarias del Átomo…

El agente que había dado la orden de detención, carraspeó.

—Bueno… El caso es que teníamos que hacer unas preguntas al señor Yanovin… Es una cuestión de trámite.

—Diga a su jefe que venga a hacérmelas personalmente, en otro momento —adujo el propio Yanovin—. Ahora debo atender a mis invitados. Tenemos asuntos importantes de qué tratar.

—¡Un momento! Debo hacer una consulta —murmuró el agente que llevaba la voz cantante.

Pidió excusas un tanto torpemente y salió para correr hacia el coche del comisario.

Le explicó lo que sucedía.

—Es una fiesta de altos vuelos. Y el cónsul de los Estados del Este es persona importante —añadió.

El comisario no esperaba aquello.

—¿El cónsul ahí?

—Sí. Y hay otras personalidades… El mandamás del Atomium…

Suot frunció el entrecejo.

—Voy a subir. Conviene no dar ningún paso en falso.

Poco después, el propio Suot estaba ante el cónsul y los Yanovin.

—La verdad, no me gusta inmiscuirme en los asuntos internos de otro país, pero la presencia de ustedes en una fiesta particular, me resulta bastante incómoda —dijo el cónsul—. Tendré que presentar una queja al gobernador. Creí que se trataba de un asunto de protección, pero ya veo que lo que tratan es de importunar a mi buen amigo y gran colaborador.

—Lo siento, señor cónsul, nosotros cumplimos con nuestro deber... Y no siempre es grato. No le robaremos a su amigo, sólo deseo que conteste a una pregunta. Es sobre los agentes que ayer estuvieron a verle. Si hubiera respondido, nos habríamos ahorrado la molestia de volver hoy.

—¿Molestia? —inquirió Yani—. La molestia nos la está causando usted, comisario. Al fin y al cabo, los «Yenis» son funcionarios al servicio del orden... En fin, aquí no estuvo ningún policía ayer.

Suot iba a replicar, pero Yanovin se le anticipó:

—Ya lo ha oído. No vino nadie.

Y el cónsul añadió:

—Y si es necesario, yo lo atestiguaré. Ayer estuvecasi todo el día con mi amigo, en esta magnífica casa. No vimos a ningún policía. ¿Algo más?

—Bien, bien —Suot miró a los tres hombres y comprendió que una vez más le habían vencido.

Inmutables, fríos y serenos, los Yanovin y el cónsul le vieron partir con sus hombres.

Yani, entre dientes, murmuró:

—Las tripas se le deben estar retorciendo.

* * *

Primero fue en el coche que Suot reventó:

—¡Mienten! ¡Y el cónsul está con ellos!

Luego, lo repitió en casa del gobernador, que tuvo que interrumpir su cena.

—Me parece que ha dado usted un buen patinazo, Suot. Le dije que anduviera con pies de plomo.

—No, señor…, usted me prometió su ayuda. ¡Además…, sé que mienten!

—¿Puede probarlo?

—¡Claro que puedo probarlo! Anoche, dos de mis hombres fueron apaleados y esta mañana, cuatro han sido sorprendidos, mientras vigilaban a mi esposa…

—¿Qué clase de hombres tiene usted, Suot?

—Señor…, se trata de un asunto grave. Más grave de lo que pensamos…

—Ya hablaremos de esto, Suot —repuso el jefe superior, en su peor tajante—. Hablaremos. ¡Y nada de publicidad! No se le ocurra mencionar al cónsul. Si metemos la pata, nos encerrarán en una fosa subterránea por vida. ¡Por su culpa! ¡Váyase! Deje que termine de cenar tranquilo, si es que puedo. Ya me ha fastidiado el día. ¡Estúpido!

—¡Señor…!

—¡Largo…!

A Suot tampoco podía sorprenderle la actitud del jefe. Era la ley del país: carta blanca, pero ¡ojo! No te equivoques, que te «empaquetan». Y si el asunto era grave, ¿quién era el valiente que lanzaba una denuncia,mezclando nada menos que al cónsul del país, gracias al cual subsistían los gerifaltes del régimen? No, no… el que pondría el cascabel al gato no iba a ser precisamente el jefe superior de policía, porque él deseaba conservar su cargo.

Por eso Yanovin comentó…

—Esto marcha.

Charvel, ya a punto de terminar la fiesta, se despidió, replicando:

—Es sólo el principio. Ahora, ya sabe que no van a molestarle.

—¿Cuándo podemos ir a volar el cuartel general de los «Yeis»? —

inquirió Jani.

Charvel sonrió.

—Siempre impulsivo, amigo... Todo llegará, pero no es con explosivos como se ganan realmente las batallas. Esto está ya caduco, ¿no?

Yanovin asintió:

—Sí, hijo. Todo puede ser mucho más fácil. Ya hablaremos.

El cónsul se despidió, y el secretario, y el presidente del Atomium y los amigos.

Luego, quedaron solos. Herta Yanovin miró a su esposo y a su hijo. Empezaba a comprender, y por ello murmuró:

—Tened cuidado.

Luego, Yani murmuró:

—Padre... Tú ya eres como ellos.

Yanovin miró fijamente a su hijo, sin contestar.

—¿Cómo lo haces, padre? ¿Cómo se consigue?

—És algo... inexplicable. Todo..., todo se ve mucho más claro.

—¿Y sabes también lo que piensan los demás?

—Empiezo a saberlo, hijo...

—Y puedes..., ¿puedes transmitir órdenes a distancia?

—Aún no, pero... sé que podría comunicarme.

—Telepatía, premonición...

—Charvel lo llamaría de otro modo, Yani.

CAPITULO XIII

Yani ardía en deseos de hacer cosas, de entrar en acción, pero las «cosas», los acontecimientos, empezaron a sucederse por sí solos.

A la chita callando, como solían hacerse las cosas en el país, el comisario Suot fue sustituido y mandado a una provincia subdesarrollada y amorfa, casi un lugar propio para el destierro.

El cónsul se quejó veladamente al gobernador de la poca delicadeza de algunos «Yeis» y sugirió un nombre para ocupar el puesto de jefe superior.

El gobernador se sintió muy honrado de poder trasladar la insinuación al presidente del Gobierno, y casi sin solución de continuidad, se produjo el reajuste.

El nuevo jefe de policía era un tal Eirok. Hombre de mano dura, que empezó por visitar los lugares de entrenamiento de los «Yeis» y despotricar de los métodos:

—¡Sólo servís para lucir el uniforme v nada más! Carecéis de preparación física y no sabéis lo que son modales. ¿Dónde está vuestra cultura? ¡Vamos! De ahora en adelante, en mi sector, quiero auténticos caballeros; el que se comporte como un patán, será expulsado. ¡Y cuidado con quereciba alguna queja! Os advierto que el consejo de guerra contra los que deshonren el uniforme, estará reunido en sesión permanente.

Empezaba bien la cosa, y no para los «Yeis» precisamente, a los que, por primera vez, parecía exigírseles, entre otras muchas cosas, que supieran tratar a los ciudadanos, metiéndoles en la cabeza que estaban a su servicio.

Se produjeron algunas algaradas callejeras y manifestaciones, en las que los ciudadanos pedían reivindicaciones y, por primera vez, los «Yeis» no intervinieron.

Los periódicos no se atrevían a hacerse eco de la nueva realidad, pero en las naciones extranjeras secomentaba el cambio y, como ya era de esperar, Eirok fue llamado por el presidente del Gobierno.

—¿Qué ocurre en su sector, Eirok? El jefe supremo me pide

explicaciones y no puedo dárselas.

—Todo ya bien, señor presidente.

—¿Va bien? No me haga reír. La gente se amotina por las calles. Se altera el orden público.

—No se han producido incidentes de importancia, no hay muertos ni heridos.

—¡Ni detenidos!

—Piden lo justo, señor.

—¡Piden una nueva forma de gobierno! ¡Esto es subversión! —rugió indignado el presidente.

—Bien, es el pueblo el que lo pide, señor. Nosotros somos sus servidores. No estamos para dominarlos, sino para ayudarles.

—¡Eirok! ¿Quién diablos le ha dado el cargo?

—Usted, señor —repuso Eirok, sin inmutarse.

—Alguien se está sirviendo de usted. Todo lo que ocurre son consignas de elementos foráneos, eternos enemigos de nuestra patria.

—Serán enemigos del Gobierno, señor. No hay gente foránea; los que se manifiestan son de aquí, como usted y como yo.

—¡Eirok! Considérese destituido y permanecerá en su casa bajo arresto domiciliario.

—Sí, señor…

* * *

El cónsul protestó y lo hizo también alguna que otra personalidad, amenazando con retirar créditos, si Eirok era destituido.

Pero como «oficialmente» nadie lo había destituido, el que tuvo que levantar el campamento, fue el presidente del Gobierno, que pasó a ser sustituido por alguien poco conocido: Belton.

Y la misma tarde de su toma de posesión, Belton,

Eirok, el cónsul y Charvel, se reunieron en la casa de este último.

—¿Esperamos a alguien? —inquirió Eirok.

—Sí, amigos. Ahora viene. Ahí está…

El que estaba cruzando el jardín de la casa era Yani Yanovin. El hombre que faltaba para la reunión.

Se sentaron en torno a una mesa. Charvel, tras un silencio, tomó la palabra:

—Bien. Ya somos cinco. Tres de ustedes poseen cargos importantes. Ahora le toca a usted, Yanovin… Es un buen elemento. Para empezar, ¿cómo le sentaría ser gobernador?

—¡Oh, Charvel…, no sé! Yo he sido siempre un trabajador. La política no es lo mío. Además…

—Ahora no se trata de política. La organización no hace política. Ya lo sabe.

—Tiene razón.

—Además… Usted sabrá siempre «lo que tiene que hacer».

Yanovin entornó los ojos… Creyó ver entre brumas el palacio del gobierno. El despacho del actual gobernador…, sus firmas…

—Se están haciendo concesiones injustas, que benefician a unos cuantos, en perjuicio de muchos.

—Usted puede evitarlo, Yanovin. Un gobierno limpio. Estoy seguro de que lo conseguirá.

* * *

La monumental edificación se levantaba sobre lo que había sido un parque público, que ahora quedaría cercado para que el espacio libre se convirtiera en jardín privado.

Para ello fue derribada una escuela que se prometió sustituir, pero desde hacía un año, los niños seguían en la calle, jugando entre los cascotes, expuestos a lastimarse y lo que es peor, sin estudios.

Yanovin capitaneó al grupo de vecinos que avanzaron hasta las oficinas del Gobierno para poder dialogar con el gobernador civil.

Inmediatamente, surgieron unos cuantos «Yeis», que se multiplicaron, formando una barrera.

—¡Fuera, atrás! ¡Circulen!

—Queremos hablar con el gobernador —adujo Yani.

—El gobernador está demasiado ocupado.

—La ocupación del gobernador es atender a sus gobernados —repuso Yani.

-—¿Qué insolencias estás diciendo? Esta no es forma de pedir audiencia. Existen unas normas.

—Ya hemos agotado esas normas y no nos han hecho caso.

—Si no os han hecho caso, razón de más. Largaos.

—Oiga… Usted es sólo un funcionario. Aquí somos gente pacífica…

—Me está subiendo la mosca a la nariz. Voy a detenerte. A ti y a unos cuantos…

El coche del jefe superior de policía se detuvo allí mismo. Eirok descendió. Un oficial, al reconocerle, corrió a darle la novedad.

—¿Qué ocurre?

—Esos manifestantes. Pretenden entrar en el palacio del gobernador.

—Yo hablaré con ellos —repuso Eirok y avanzó, custodiado por varios agentes.

Yani sonrió para sus adentros al ver a Eirok, pero hablando como si se tratara de un funcionario desconocido, al que se le pide lo que en justicia no puede negar, soltó:

—No nos permiten hablar con el gobernador, y es necesario que nos oiga.

—No podéis entrar todos.

—Nadie lo ha pedido. Solamente iremos tres o cuatro a exponerle nuestros problemas.

—Me parece justo. Los demás que den un paseo mientras tanto. Ya está todo solucionado.

Luego, al gobernador empezó a salirle humo por las orejas, cuando Yani soltó el rollo.

Y tenía razón.

—La edificación, señor, no cumple las normas. La empresa no quiere mostrarnos los permisos, y esto es un atropello a nuestros derechos.

El gobernador sabía perfectamente de qué le hablaban. Lo sabía porque el constructor era un amigo suyo y…

—«Bueno…, yo no puedo firmarte nada, pero tú construye, y si alguien se queja, que venga a verme a mí» —recordaba haber dicho. Claro que tampoco esperaba tener que recibir a nadie, y ahora despotricaba del jefe de policía, que le había planteado el problema.

—Bueno, bueno —quiso sacárselos de encima—. Prometo que haré que todo se averigüe.

—No, señor. No nos ha entendido. Lo único que pedimos es que la empresa nos muestre el permiso firmado por la comisión de Urbanismo. Esto puede usted exigirlo inmediatamente. Si ese permiso existe, alguien ha contravenido las órdenes y si no existe, se tendrá que ordenar el derribo inmediato del edificio y ser reemplazado por la escuela, con cargo a la misma empresa.

El gobernador iba a protestar, pero intervino Eirok:

—Justa petición. Yo mismo me encargaré personalmente. Ahora mismo. Así le descansaré de su trabajo, querido gobernador. Vamos, amigos, que no se diga que la policía no colabora con los ciudadanos.

—¡Espere, Eirok! Deseo hablar con usted a solas, de un asunto importante.

—Después... Recuerde que esta noche cenamos juntos. Adiós...

Claro que el gobernador hubiese podido «ordenar» que Eirok se quedara entonces, pero sabía perfectamente que Eirok era poco menos que intocable y tuvo que morderse la lengua y empezar a temblar porque...

CAPITULO XIV

—¡Corrupción! —exclamó cuatro o cinco veces el presidente del Gobierno ante los presidentes de las distintas secciones, que del significado de aquella palabra sabían mucho.

—¡Un gobernador corrompido! —siguió de nuevo Belton, haciendo alarde de una magistral interpretación en su cargo—. Se destruyen colegios, se escatiman parques para beneficio de unos cuantos. ¡Señores, el gobernador será destituido y creo que ya tengo a la persona idónea para el cargo!

Naturalmente, la persona idónea fue Yanovin...

Y las cosas, progresivamente, sin ningún trauma espectacular, continuaron cambiando día a día, paso a paso, sin pausa alguna, siempre adelante.

La organización contaba ya con ocho miembros. A los cincohabía que añadir un juez, un científico importante y un famoso profesor.

Pero el Gobierno, que contaba aún con una gran mayoría, no permanecía al margen de la situación, ni mucho menos. Se sabía que algo estaba ocurriendo. Algo anormal. Algo que algunos responsables aceptaban y no debían aceptar. El gobernador, el jefe superior de los «Yeis», un juez, que absolvió a varios encartados de disturbios, un científico, que exigió públicamente :

—Quiero en mi laboratorio a gente que realmente valga y tenga ganas de trabajar; estoy cansado de ineptos, que nadie sabe cómo han conseguido el título. Las instituciones científicas no deben ser un medio para meter a gente que no saben dónde colocar. Es un lugar de trabajo, de investigación, y esa investigación debe llevarla a cabo gente preparada.

Ese comentario provocó unas manifestaciones, en las que la gente protestaba de que todos los ex presidentesdel Gobierno disfrutaban de varios cargos públicos, por los que cobraban elevadísimos sueldos, que mermaban el presupuesto.

Dirigentes retirados y también militares, cobraban sumas enormes por cargos que ostentaban en empresas más o menos estatales, y la mayoría no entendían absolutamente nada de lo que oficialmente

«dirigían».

—¡Queremos escuelas! —gritaba la gente.

Aveyron se volvió hacia el jefe del Gobierno y cerró la pantalla del televisor, donde momentos antes había surgido 1a secuencia de la manifestación callejera.

—Yo acabaré con esto, señor.

—Sí, Aveyron. Hay que terminar. Si no empleamos mano dura, todos se reirían de nosotros.

—Volveremos a lo de antes. Represión masiva y caiga quien caiga.

—Hay que tener cuidado con los amigos de los Estados del Este.

—Bueno —sonrió Aveyron—, tratándose de un asunto de orden público, nuestros amigos del Este comprenderán que, en ciertos momentos, no se pueden identificar a las personas... Un error lamentable puede costar una vida, cuya pérdida se lamenta mediante un sentido pésame, etcétera, etcétera...

—El cónsul, ¿eh...?

—Bueno... La bomba de cualquier anarquista estalla en su casa... Entonces, nosotros detenemos a los sospechosos, y empezamos la operación masiva...

—¿Y Eirok y Yanovin?

—También, también... Esos, oficialmente, son de los nuestros. Es lógico que, en un inicio de revolución, se los carguen. Luego, ejecutamos a los culpables y en paz... Siempre se ha hecho así.

—De acuerdo, Aveyron. Encárgate de todo. Esto debe llevarse a cabo con el máximo secreto.

—Lo haremos de la forma más discreta posible. Claro que tendrán que haber fuegos artificiales. Hay que crear el ambiente.

El jefe supremo del país asintió, dejándose caer enun sillón. En el fondo, reconocía el fracaso de su sistema, pero había jurado no claudicar y no lo haría, por más vidas que tuviera que sacrificar para el culto de su propia vanidad.

Las víctimas tenían un nombre: los miembros de laorganización.

* * *

Uno de los hombres importantes del Gobierno era Aveyron y había empeñado su palabra ante el jefe supremo de dar un escarmiento a los antigubernamentales. Por ello se le ocurrió un plan fácil, propio de una mente simple, como más tarde diría Charvel.

A través de uno de sus emisarios, contrató a varios individuos.

El emisario dio órdenes concretas:

—Volaréis la casa de Aveyron...

—Estás loco. Nunca podríamos acercarnos allí.

—Dos millones para cada uno y vía libre —dijo el emisario—. Es asunto serio. De altos vuelos.

—Ni hablar.

—Cuatro hombres. Mañana a la tarde. No os preocupéis. No habrá vigilancia. Os lo garantizo.

—¿Asunto de Estado? —inquirió uno.

El emisario sonrió.

—¿Queréis el dinero por adelantado? —Y arrojó sobre la mesa una llave.

—¿Qué es esto?

—La consigna de la estación B. Allí está el dinero. Dos millones para cada uno; pero si alguien pretende largarse con la pasta, sin haber realizado el trabajo...

—Eso no lo hacemos nosotros —comentó el que llevaba la voz cantante del grupo.

Dudaron aún, pero la seguridad del emisario les hizo entrar en razón. Dos millones por un trabajo fácil.

Asintieron.

Luego, el emisario habló con Aveyron:

—Ya está, señor. Mañana a las cuatro se producirá el atentado.

—Bien. Mi mujer y mis hijos saldrán dos horas antes y yo les acompañaré. O sea, que me salvaré de puro milagro, pero el acto ya se habrá consumado.

—Exacto. Y podrá haber represión —sonrió el emisario.

—Cuidado con lo que hablas. Estos secretos a veces pesan…

—Jamás hablaré de ello con nadie, señor. —Lo sé, amigo. Lo sé. —Y Aveyron sacó un revólver, provisto de silenciador.

El emisario agrandó los ojos. Iba a decir algo, pero la bala silenciosa, disparada a quemarropa, le derribó para siempre.

En el solitario despacho de aquella vivienda privadísima de Aveyron no hubo ningún testigo del hecho.

Después, el cuerpo del emisario cayó al fondo del río. Alguien le encontraría y la policía se encargaría de efectuar las pesquisas rutinarias, pero naturalmente, jamás se atreverían a molestar a Aveyron, que para algo tenía entre otros, el poder de mandar sobre la policía precisamente.

Aveyron se encargó de alertar a todos los puestos. La consigna era habitual:

—Confidencias que he recibido, hacen presumible algún intento de subversión. Estén todos alerta. Si algo ocurre, apliquen todo el rigor.

—Sí, señor…

Un falso atentado, que daría píe a una dura represión, estaba en marcha. Era una buena trampa, según creía Aveyron.

CAPITULO XV

Eirok sonrió.

—Se proponen dar un golpe lejos de nuestra ciudad, pero les servirá de pretexto. Oficialmente, no he sido enterado.

Charvel sonrió.

—Es una pena. Sería todo tan fácil.

—Podemos impedirlo.

—No. Nuestra misión de prueba está dando resultados. Reparar la injusticia, sin métodos violentos. Nosotros no los usamos. Son ellos. Dejémosles que se destruyan.

—Es peligroso. Habrá represión.

Charvel acentuó su sonrisa.

—Tú sabes tan bien como yo lo que va a suceder, y cómo vamos a actuar nosotros.

Eirok asintió.

—Tienes razón, Charvel. Dejemos que las cosas sigan su curso...

Y las cosas siguieron su curso, pero con sustanciales variaciones con respecto a lo que había pensado Aveyron que, tal como tenía previsto, preparó el viaje para su esposa y sus hijos.

—Creo que merezco un día de vacaciones. Saldremos todos, después de comer. Os acompañaré hasta el refugio de la montaña y me quedaré un día entero. Vosotros podéis pasar el resto de la semana; yo tendré que volver, pero el sábado estaré allí de nuevo. ¿Contentos?

—Siempre se te ocurre decir las cosas a última hora. Tengo que preparar las maletas —protestó la mujer.

—Pero si allí hay cosas de sobra. Además, es sólo para unos días. No hay problemas. Ahora voy al despacho. Cuando regrese, quiero que estéis preparados. Por favor, no os demoréis.

Aveyron se sentía muy seguro de su plan, sólo que…

—¡Cuidado! —gritó alguien, en una esquina cualquiera de la calle.

El chófer de Aveyron intentó esquivar al camión que se le venía encima, hizo una falsa maniobra y fue a estrellarse contra otros vehículos detenidos. El camión le alcanzó por detrás, por lo que el auto oficial recibió un golpe doble.

El chófer salió despedido, mientras la gente se agolpaba junto al automóvil siniestrado.

Los «Yeis» que iban en el coche escolta, se precipitaron hacia el lugar del accidente.

Aveyron había recibido un fuerte golpe y permanecía inconsciente, con los ojos abiertos.

—¡Una ambulancia! Que llamen a una ambulancia.

Todos los medios urgentes se pusieron en marcha. Aveyron fue rápidamente trasladado al hospital, justamente cuando ya hubiera tenido que estar en su casa.

Su esposa consultó el reloj.

—Tanta prisa y deben haberle entretenido en el despacho… ¡Bah!

Los chicos andaban revoloteando por la casa. La madre miró varias veces al teléfono, pero no se atrevió a llamar. Un hombre público jamás debe ser importunado en el desempeño de sus funciones. Aveyron se lo había recalcado muchas veces a su mujer.

—No se te ocurra llamar. Si no soy puntual, es porque algún asunto importante me retiene, o puede que esté hablando con el supremo.

Pero esta vez, Aveyron no hablaba con nadie. Ya no podría hacerlo jamás, porque acababa de expirar en el hospital.

—Habrá que avisar a su mujer —dijo alguien.

En aquellos instantes, cuatro individuos observaban desde las obras de una casa vecina. Miraban fijamente la residencia de Aveyron. Una casa rodeada de jardín, en la zona más señorial de la ciudad, hacia las afueras.

—Listo —murmuró uno.

—Pero, ¿estáis seguros de que el «pájaro» está dentro? —inquirió otro.

—¿Qué más da? Es la hora, ¿no? Todo está dispuesto. ..

—Esperad...

Un coche oficial se *acercaba* al edificio. Un automóvil negro, inconfundible.

Un par de compañeros de Gobierno iban a dar la noticia a la esposa de Aveyron.

Los cuatro individuos aguardaron. Impacientes. Uno estaba muy cerca del percutor a distancia que debía hacer estallar la carga colocada en torno al jardín, oculta entre los setos.

A distancia, en otra ciudad, cinco hombres se hallaban reunidos. Charvel, Eirok, Yanovin, el cónsul y el quinto miembro de la organización.

Yanovin se mostraba inquieto y consultó el reloj
por enésima vez.

—Si todo ocurre según pensamos, ya no puede tardar.

—No —murmuró Charvel.

—Pero los niños... Son seres inocentes. Y la mujer...

—La mujer no es tan inocente. Hace años, en pleno apogeode guerra, efectuó muchas denuncias...

—No lo sabía —murmuró Yanovin—. Pero es posible...

—De vuestra guerra y de otras muchas guerras, lo sabemos todo, Yanovin...

—Pero los niños... Ellos no tienen la culpa.

El cónsul sonrió.

—Yanovin es aún novato. Carece de confianza.

—Te hemos dicho que los niños no sufrirán ningún daño —sonrió

Charvel.

Pero Yanovin no lo veía claro. Los otros estaban seguros porque podían intuir lo que iba a pasar. Era como ver a través de las alturas dos coches correr en direcciones contrarias y saber exactamente el sitio en que ambos van a encontrarse.

Era la hora, pero los niños seguían en la casa.

Uno de ellos se asomó al ventanal y gritó:

—Un coche, mamá...

Salieron fuera, pensando que se trataba de su padre.

Los dos compañeros del ya difunto Aveyron, saludaron a los muchachos.

—¿Está vuestra madre dentro?

—Sí.

—Bien. No importa que os quedéis aquí.

—¿No viene papá?

—Todavía no —dijeron y avanzaron hacia la casa. Los chicos se encogieron de hombros y asomaron a la puerta de la calle.

Los dos hombres entraron en la casa.

—Uno de ellos es Aveyron —aseguró erróneamente uno de los cuatro que permanecían en la distancia.

—Entonces... ¡Dale! —repuso otro.

Alguien pulsó el percutor y...

La casa se volatilizó materialmente. Los niños, aunque cayeron a consecuencia de la onda explosiva, salieron ilesos.

Aveyron no había podido salvarse a sí mismo, ni a su mujer, y en sus planes, que tan bien creía haber calculado, se llevó por delante a otros dos miembros de un Gobierno que ya no se sentía tan seguro.

Charvel consultó su reloj y murmuró:

—Con un ligero retraso, pero todo se ha cumplido... El Gobierno tendrá que reorganizarse pronto.

El cónsul adujo:

—Shiper y Braden ya están aquí.

—¿Quiénes son? —preguntó Yanovin.

—Dos que formarán parte delnuevo Gobierno.

—¿De los nuestros? ¡Oh! Es fantástico... Pero..., ¿cómo los recluíais?

—Se sienten atraídos por la llamada... Ya te hemos contado la historia, Yanovin... Hace muchos más siglos de los que se pueden calcular, que nuestros antecesores se dispersaron por el cosmos. Tuvieron hijos y, posiblemente, viajaron, poblando otros mundos. Tenía que suceder así. De este modo...

Yanovin todavía no parecía comprender.

—Uno de nosotros, cualquiera, tenía que dar la señal. He sido yo. Y los demás me han captado. Ignoro cuántos somos en total, pero todos descendemos de la mismapersona que un día tuvo la idea de crear esa organización para velar por la paz y hacer justicia.

Eirok interrumpió:

—¡Un momento! Acaba de ser visto un objeto, no identificado, a unas mil millas de aquí. Está buscando un lugar solitario para aterrizar.

Yanovin entornó los ojos y exclamó:

—¡Cierto! Yo también acabo de percibirlo.

Eirok bromeó:

—Mañana aparecerá una breve reseña en los periódicos, que dirá que unos visionarios han descubierto un platillo volante.

Rieron todos, y Yanovin inquirió:

—¿Quién es el que llega? No consigo saberlo. .

—Seguramente procede de la región de Venus. Se incorporará a

nosotros. Creo que podremos formar un buen Gobierno. —Y volvieron a reír.

CAPITULO XVI

La noticia del accidente sufrido por Aveyron salió a los medios informativos, juntamente con la voladura de la casa del dirigente, con el consiguiente deceso de los dos gubernativos y la esposa del primero.

Se habló de tomar severas medidas de represión, y Yani, en su casa de la avenida del monte Rot, murmuró:

—Quizá paguen justos por pecadores.

—No ocurrirá nada, hijo. Porque no habrá represión. «Ellos» lo sabían...

—¿No habrá...? —empezó Yani.

—No, hijo. El jefe superior va a ser destituido.

—¿Cuándo?

—Dentro de poco. Está escrito. Tiene que ocurrir así. Su puesto será ocupado por uno de los nuestros.

—¡Esto es fantástico!

—Tú debieras saberlo, Yani.

—¿Yo?

—Tú te sentiste atraído hacia un lugar determinado, ¿verdad? Me refiero a la noche que salimos del hospital... Fuiste a dar un paseo solo con el coche.

—Sí. Es cierto... Me dirigí hacia un monte. Había visto una señal luminosa y...

—Y al día siguiente, te encontrabas en la casa en construcción, donde perdió la vida un obrero en aquel accidente.

—Sí. Y allí estaba Charvel.

—¿Por qué crees que fuiste allí, hijo?

—No sé.

—Es bien fácil.

—¿Qué estás intentando decirme?

El padre sonrió.

—¿Crees que puedo ser uno de ellos?

—Igual que yo, hijo. Igual que yo. Y soy tu padre. Por lo tanto…

—¡Cielos, pero…! Tú asimilaste bien eso de «ver a distancia», de presentir las cosas, de saber lo que va a ocurrir.

—Aún no. Estoy aprendiendo. Hay cosas que no las veo claras. Ellos dicen que es debido a las normas que rigen nuestro planeta. Estamos más atrasados y tenemos los sentidos un tanto embotados…

—¡Cielos! —exclamó el joven nuevamente—. ¡Nosotros, descendientes de seres de otro planeta! ¡Es increíble!

De pronto, pensó en su hermana.

—¿Entonces Loria también…? Por cierto, debo ir a decírselo. Seguramente tiene compañía.

—¿Compañía? —inquirió Yanovin, iniciando una sonrisa.

—Sí. Su amiga Lara…

—¿Y cómo lo sabes, hijo?

—Pues… No sé. Pensé que… ¡Cielos! Lo he dicho sin pensar…

—Es que ya empieza a despertar ese oculto sentido que poseen los de nuestra raza.

Yani se sentía como un hombre nuevo. Era como si acabara de descubrirse a sí mismo, pero, como muybien dijo su padre, aún no estaba maduro para llegar a dominar el poder de ese sentido de la anticipación que, para los demás, parecía ser juego de niños.

No obstante, al volante de su coche rumbo al hospital, pensó en Lara, la amiga de su hermana y se dijo que le agradaría mucho encontrársela, porque Lara le atraía.

Fijó más su pensamiento en ella y se preguntó:

—¿Qué siente ella por mí?

Y una voz interior le respondió:

—Está deseando que la beses y que le digas que quieres casarte con ella. ¿Todavía no te has dado cuenta, cabezota?

Yani sonrió.

Cuando llegó al hospital, Lara estaba con su hermana. Lara era alta, de bien dibujadas formas, bonita de cara y con carácter. Era habladora. Y casi siempre, Yani se sentía intimidado cuando se hallaba ante ella. Pero esta vez fue distinto.

—¡Hola, hermana! —saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mejor… El doctor dice que me estoy recuperando a pasos agigantados y opina que si sigo así, no quedarán señales… No lo comprende. Me ha mirado como si fuese un fenómeno.

—Y lo eres, hermanita; verás cuando te lo cuente. —Y se volvió hacia Lara, que le saludó.

—Hola, abogado. ¿Cómo van las cosas?

La respuesta de Yani fue un beso en la boca. Un beso dado de sopetón, acompañado de un tremendo abrazo.

Pero Yani no parecía dispuesto a soltar a Lara y ésta se mostraba muy a gusto, sintiendo sobre su boca los labios del joven.

Loria acabó por sonreír. Luego, cuando cesó aquel beso, que había dejado sin apenas respiración a los dos protagonistas, Yani preguntó simplemente:

—¿Cuándo nos casamos, Lara?

Loria creyó de verdad que su hermano estaba borracho, aunque, en el fondo, le encantaba la idea de tener a Lara por cuñada.

Los tres compusieron una escena feliz. Una felicidad, sin embargo, que alguien se había propuesto que fuera efímera…

Suot.

Suot estaba en la ciudad. El cargo que le habían dado, lejos de donde a él le gustaba vivir, le había amargado la existencia y solo rumiaba el modo de desencadenar su venganza.

Suot estaba cerca del hospital. Desde allí, vio salir a Yani, del brazo de Lara, y una risa cruel se dibujó en su rostro.

—Nadie mejor que un policía para saber preparar su coartada...

Vio desaparecer el automóvil de la pareja y se metió en el suyo, pensando en el modo de dar forma a su proyecto.

—Los Yanovin vais a desaparecer todos —aseguró para sus adentros.

CAPITULO XVII

Dos días más tarde, la organización se reunió. Eran ya doce los miembros y se esperaban más.

Charvel tomó la palabra:

—Dentro de muy poco, dominaremos el país, desde los cargos más importantes. En estos momentos, tenemos a dos gobernantes, al jefe superior de los «Yeis», cuatro científicos, seis médicos y cinco profesores, aparte de los doce que nos hallamos aquí. Los que aún no tienen cargo serán destinados a otros lugares estratégicos. Calculo que, antes de un mes, habremos coronado con éxito la misión.

Tras exponer un breve plan, se pasó a otros temas y Yanovin hizo patente la presencia de Suot.

—No le he visto, pero sé que está aquí. No consigosaber con qué propósito. Desde luego, no se trata de nada oficial.

—Cierto —murmuró Charvel—. Creo que va detrás de tu hijo. Ese hombre es rencoroso y vengativo. Puede que trate de causaros algún mal.

—¿De qué forma?

Charvel quedó silencioso.

—Intenta hacer un esfuerzo, Charvel. Si mi hijo o familia están en peligro, debo conocer de antemano la forma de atajarlo.

—Lo siento. Puede que ni el propio Suot, tenga planeado nada en concreto. Procura tú también pensar en esto...

—No he hecho otra cosa, pero mis reflejos no están a la altura de los vuestros. Ya lo sabes.

—Bueno, es que puede ocurrir otra cosa, de la que no estás enterado.

—¿De qué se trata?

—Ciertos planes, querido Yanovin, son casi imposibles de detectar; sobre todo, si quien los tiene, procura mantenerlos

escondidos en su mente.

—En otras palabras; que no es posible saber lo que Suot está tramando.

—No, de momento... Nuestro sistema no es tan perfecto; no llegamos hasta lo más recóndito de la mente humana. Hay cosas que podemos intuir... Por eso pienso que Suot trama una venganza, pero no sé cómo piensa realizarla ni cuándo. Avisa a tu hijo, si no se ha dado cuenta.

—Sí, Charvel —murmuró Yanovin y poco después, abandonó la reunión.

Al regresar a su casa, su hijo no estaba.

—Ha ido con Lara —sonrió Loria, que ya había sido dada de alta —. Mi hermanito parece que acaba de descubrir el amor. Está loco. Me ha contado unas cosas fantásticas...

—No son fantásticas, hija —repuso Yanovin.

—Tú también... ¡Vamos, papá! Sé que estáis bien organizados y que habéis vapuleado a los «Yeis»... En todo el país se opera un cambio, pero de eso a insinuarque..., que somos descendientes de seres de otro planeta...

—Es cierto, Loria.

—¡Papá!

—Sí, hija... Tú también, con el tiempo, descubrirás que posees un sexto sentido o séptimo, como quieras llamarle.

—Yo... Yo suelo presentir cosas, pero jamás imaginé que... ¡Cielos! ¿De veras que no es una broma?

El rostro preocupado de Yanovin no indicaba que el hombre tuviese ganas de bromear precisamente.

—Me inquieta Suot... Si Yani se ha dado cuenta...

—¿El ex jefe de policía? —preguntó ella—. ¿No le habían dado un cargo lejos de aquí?

—Sí, pero ronda por la casa y temo que esté preparando algo contra nosotros. Tengo que hablar con Yani.

—Estará en casa de Lara.

—Entonces, iré hacia allí.

—Llámale por teléfono.

—No. Hay cosas que deben hacerse personalmente.

—Te acompañaré.

—Sí. Tal vez sea lo mejor. Y llama a tu madre también. Irá bien que estemos juntos todos.

—¿Qué ocurre? —inquirió la esposa de Yanovin, apareciendo de pronto.

—Nos vamos, mamá —sonrió Loria.

—,A estas horas? Tenemos que cenar.

—Tenemos que irnos —insistió.

—Pero, ¿adonde?

—A casa de Lara.

—Oh, pero... No es el mejor momento. Esa gente creerá que...

—No me importa lo que piensen... Es importante... Creo que ya te he contado lo valiosos que son los pre-sentimientos, querida.

—Bueno, si es así... Si crees que podemos correr algún peligro...

—Sé que nos acecha. Por eso no quiero separarme de vosotros.

Luego dio instrucciones al servicio.

—Cierren bien y esta noche, váyanse todos si quieren. Es más, insisto en que salgan. Alguno de ustedes tiene familia; pueden pasar la noche con ellos. Los demás..., sería preferible que, por ésta noche, durmieran en un hotel, a mi cargo, naturalmente. No me hagan preguntas; lo digo por el bien de todos ustedes. Ahora no tengo tiempo de ser más explícito.

Salió al jardín, perseguido siempre por aquella tenaz premonición. El peligro estaba allí. Pero ¿dónde?

Le extrañó no oír ladrar al perro y, al buscarlo, se dio cuenta de que el animal estaba tendido sobre un charco de sangre.

Le llamó inútilmente, porque el can estaba bien muerto.

No armó ruido para no alarmar a nadie, pero comprobó la forma en que había muerto el animal.

—Un disparo a la cabeza, hecho con un revólver provisto de silenciador... El veneno no habría servido. Suot debió imaginarlo v se inclinó por la vía rápida... ¿Dónde estás. Suot? No puedes andar lejos...

Buscó desesperadamente por todo el jardín. Utilizó el mayor sigilo. Previno en todo momento cualquier contingencia, pero Suot no apareció.

Al volver al garaje, su esposa y su hija le aguardaban.

—Será mejor que nos marchemos. —Pero algo le hacía dudar. Era un dilema terrible, que terminó al poner en marcha el auto. No funcionaba. Apenas hacía una hora que había regresado y el coche funcionaba perfectamente. Sin embargo, ahora algo fallaba.

Salió del vehículo y levantó el capó. Había un cruce. Un cruce provocado. ¡Suot había estado allí!

¿Qué es lo que intentaba? ¿Asustarle?

Yanovin se dominó. En aquellos momentos no podía perder la serenidad.

—Iremos con el coche pequeño. El tuyo, Loria. No tenemos más remedio.

Yanovin puso en marcha el vehículo y tras salir a

la calle, aceleró para alejarse de allí, cuando los criados se daban prisa en abandonar la casa."

—¿Crees que intentará atacar la casa?—preguntó Loria a su padre.

—No lo sé. Quiere vengarse de nosotros. Eso sí que lo veo bien claro... Y también presiento que tiene que ser hoy...

El presentimiento era bien cierto, pero lo que Yanovin ignoraba era que la muerte viajaba con él.

Sí. En el coche, entre las ruedas.

El mecanismo de relojería entraría en acción dentro de treinta segundos.

CAPITULO XVIII

¿Cuántas cosas pueden ocurrir en treinta segundos?

A veces, para que converjan una serie de circunstancias a la vez, algo ha tenido que ponerse en marcha v encadenarse unas cosas con las otras para llegar al final previsto por destino.

En aquellos mismos momentos, Yani estaba en el parque con Lara.

—Es larde. Debo regresar a casa.

—Llegaremos en un momento y subiré para hablar con tus padres.

—Está bien...

—No te he traído aquí para esconderme... La verdad es que deseaba estar a solas contigo, pero pienso que si nos casamos rápidamente...

¿Casarse?

Alguien había previsto que aquella treintena de segundos fueran los últimos de su vida.

Alguien rondaba entre los setos. Alguien, provisto de un revólver con silenciador.

Y no era Suot, precisamente. Suot quería encontrarse lejos de los hechos; por eso estaba ya en el bar de un cruce de carreteras, en el villorrio donde ejercía su 'cargo.

90-

Tenía a varios testigos con él, y consultó el reloj. Sonrió al pensar que su venganza tal vez se estaba cumpliendo en aquellos momentos o se había cumplido ya.

¡Treinta segundos!

El hombre que ostentaba la pistola silenciosa, cernió el índice sobre el gatillo.

«Sin testigos», le habían dicho. Por lo tanto, Lara también moriría.

Iba a ser fácil. Muy fácil.

El asesino hizo la presión necesaria y...

—¡Lara! ¡Al suelo! —gritó el joven, en aquel instante supremo. Una fracción de segundo, casi al mismo tiempo que las dos detonaciones amortiguadas surgían del cañón del arma, fue suficiente para el nuevo sentido de la anticipación que se estaba desarrollando en Yani y con ello pudo salvar su vida.

Y no sólo la suya, porque «vio» lo que estaba a punto de ocurrir en el automóvil que viajaba el resto de su familia.

—¡Padre! —gritó a la vez.

Yanovin creyó captar aquella llamada y en un instante, lo comprendió todo.

—¡Salid del coche! —gritó, frenando en seco.

La explosión tuvo lugar dos segundos después, pero la familia se había salvado.

En el parque, la cosa no había terminado porque la sorprendente e inesperada reacción de Yani, había desconcertado al asesino, que disparó inútilmente dos veces más, mientras Yani rodaba sobre sí mismo por el suelo, hasta lanzarse contra su enemigo, al que derribó, consiguiendo que perdiera el arma.

El hombre se revolvió para atacar a Yani, pero éste, demostrando agilidad y fuerza, con un par de golpes logró dejarle fuera de combate, cuando ya acudía la policía de parques.

—Llévenselo —ordenó Yani, después de identificarse como hijo del gobernador.

«Sabía» que su padre se había salvado también y, en aquel instante, su esposa le preguntaba:

—¿Por qué no pides la protección que te corresponde?

—Lo sabes, querida. Odio a los «Yeis». Cuando esto cambie, será distinto. Pero de momento, no tengo por qué pedir protección a los que siempre consideré como enemigos.

—¿Sabes quién ha atentado contra nuestras vidas, padre? —preguntó Loria.

—Creo que sí —fue la respuesta de Yanovin. Yani, de regreso al coche, junto a Lara, murmuró: —Suot. Él lo ha planeado todo. ¡Suot! Merece un castigo...

Los otros también lo sabían. La organización. Y la organización esperaba un nuevo miembro.

En el cielo, un objeto brillante como una estrella, pero capaz de desplazarse a velocidades jamás soñadas por ningún terrícola, avanzaba desde lo alto.

En la noche oscura, aquella estrella movediza destacaba de las demás.

Suot salió del bar del cruce de carreteras para dirigirse a su casa.' Ya le había visto bastante gente.

Enfiló la carretera que ascendía por el borde del precipicio hasta lo alto de la colina.

Decían que era la mejor casa del pueblo, y él la quiso, v se la concedieron.

¡Maldita la gracia que le hacía vivir allí! Pero estaba seguro de haberse vengado de los causantes directos de su destitución.

De lo más recóndito de su rencor surgía aquella bilis que llevaba siempre consigo.

De pronto, su rostro se contrajo, olvidándose de amarguras y venganzas. Sus ojos quedaron enormemente dilatados, amenazando con saltar de sus cuencas.

¿Qué era lo que estaba viendo? ¿Sueño? ¿Pesadilla?

Un halo, con los colores del iris, envolvía un objeto brillante, deslumbrador, y el objeto, que antes era menos que una diminuta estrella, avanzaba hacia él, como si fuera a chocar.

Suot soltó el volante para cubrirse el rostro, aterra-

do, en el momento en que la nave se elevaba rápidamente hasta

perderse en el infinito.

Sin embargo, para Suot ya era tarde, porque el auto acababa de despeñarse en la curva. Saltó por el barranco, dando un par de vueltas de campana. Luego, estalló el depósito y Suot se asó vivo.

Poco después, un nuevo ser, procedente de algún lugar del espacio, entraba en la sede de la organización.

—He captado un mensaje. Asusté al sujeto, pero perdió el control y se ha estrellado. Lo siento —dijo el recién llegado.

—No lo sientas y sé bien venido. La organización va creciendo…

* * *

Al día siguiente, los periódicos se ocupaban de la trágica muerte del policía.

También en una columna y a modo de gacetilla sin importancia, se mencionaban los objetos volantes, platillos o halos luminosos, vistos en diferentes puntos del espacio y, como de costumbre, cerraba la información con ironía: «¿Es que alguien puede creer, de verdad, que existan seres en otros mundos y que estos seres estén entre nosotros? ¿Quién ha visto alguno de verdad?»

EPILOGO

Antes de concluir aquel mes, el Gobierno había sido cambiado en su totalidad. Los puestos más importantes tenían nuevo titular, la medicina, el profesorado, la ciencia..., todo estaba perfectamente dominado.

Charvel, desde la azotea del edificio más grande de la ciudad, murmuró:

—Ahora existirá la verdadera paz. En un año, esta nación será otra... Luego, espero que tengan la suficiente capacidad para elegir ellos mismos un nuevo Gobierno.

—¿Qué tiene de malo éste? —sonrió Yanovin.

—Somos provisionales, amigo. No podemos dedicarnos exclusivamente a un país... Este nos ha servido de ensayo. Ahora, ya podemos recorrer el planeta para ayudar a otros. La organización va creciendo... No sé termina nunca... Los que sienten la llamada, acuden.

—Charvel... ¿Sabes? No me importaría ir con vosotros a recorrer el mundo y ayudar... Creo que, en la vida, lo más hermoso es hacer algo por alguien.

—Puedes hacerlo desde aquí. Aquí tienes tu hogar y los tuyos. Harás falta, amigo. Tenlo por seguro. De todos modos, si nos encontramos en apuros... Pero no creo... Somos muchos... muchísimos.

La vista desde lo alto era magnífica. Dominaba la capital de aquel país, dirigido enteramente por unos seres sin más ambición que la de sembrar la paz.

La organización había sido la auténtica liberadora, pero...

—¿Y el jefe supremo? —inquirió Lara.—. A éste no lo han cambiado.

Lara estaba realizando el viaje de novios. Su marido era, claro está, Yani, que conducía con una mano y la rodeaba con el brazo libre.

—Cierto, el jefe supremo sigue en su puesto, pero ya no ordena

absolutamente nada. Nadie le hace caso.

Dentro de muy poco, desaparecerá de la vida pública.

—¿Le matarán?

—La organización no mata. Sólo castiga. Los que se matan son los hombres entre ellos. La organización es algo mejor… Pero no hablemos ahora de esto. Tú y yo tenemos cosas más importantes.

La besó y a poco estuvo de estrellarse contra un árbol de la carretera, pero una vez más, la premonición evitó la catástrofe.

En cuanto al jefe supremo, único superviviente de un sistema que en pocos meses había sido liquidado, , tuvo una visión atroz. Allí mismo, en el inmenso parque de su mansión, vio tomar tierra tres platillos… que no eran platillos, sino naves auténticas. Tres bólidos unipersonales que, después de evolucionar, se posaron mansamente frente a la puerta.

—¡La guardia! ¡La guardia!

Pero, por un misterio inescrutable, nadie acudió y los que avanzaron fueron los tripulantes. Uno de ellos le habló:

—Haz una proclama. Confiesa tu error públicamente. Admite que tu sistema de gobierno ha sido un fracaso y luego huye, si quieres salvar tu vida… Nosotros no te haremos nada, pero hay muchos resentidos en todas partes y no te perdonarán.

Aquellos seres desaparecieron y el jefe supremo explicó posteriormente lo que había visto.

—No fueron detectados. ¡Eran auténticos! ¿Por qué se meten en lo que no les importa?

La idea de que persona tan notable hablara de naves extraterrestres, empezó a preocupar a algunos médicos. Se corrió la voz y algún mal pensado comenzó a hablar de locura.

—¡El jefe está loco!

—¿Ahora te enteras?

Pero el caso es que volvió a tener nuevas apariciones. Vio nuevos platillos. Nadie parecía hacerle caso. Los del Gobierno parecían ignorarle.

—¿Qué diablos ocurre aquí? ¿Por qué no me hacéis caso? ¡Yo sov el jefe supremo!

Pero nadie se inmutaba. Le dejaban hablar...

—¡Malditos! ¡Malditos!

—La gente ha gritado muchos años sin que la escucharan. Ahora, nadie le escucha a él —dijo Yani a su esposa, al fin de la segunda semana de luna de miel.

Y aquello empezó a ser tema de todas las conversaciones.

—Ahora, el déspota no es más que un pelele...

Pero siempre hay un resentido, al que no le basta con reírse, y ese resentido penetró en el caserón del jefe. Cualquiera hubiese podido entrar, porque ya no había vigilancia de ninguna clase.

El resentido se aproximó a la cama y le acuchilló.

No le bastó con darle muerte, sino que, según las crónicas, se ensañó con él.

A la mañana siguiente, sólo se encontró en el lecho un pastel de sangre.

La carne desmenuzada del ex dictador estaba mezclada con los huesos y la sangre coagulada.

Del asesino, nunca más se supo.

En alguna parte, una nave surcaba los espacios. Su tripulante era Charvel.

Había muchas injusticias que reparar y la organización necesitaba ensancharse.

F I N